

EL PADRENUESTRO SEGÚN MARTÍN LUTERO

Isaac GONZÁLEZ MARCOS, Osa

1. Martín Lutero y la elección del trabajo

El fraile **agustino**¹ Martín Lutero (1483-1546) ha sido tildado por los católicos, desde el Edicto de Worms (1521), de notorio hereje, vicioso y malvado, maestro de errores, un demonio y loco, un vociferador de desobediencia civil y eclesiástica; un histérico, psicópata y neurótico, un hombre tenebroso, temerario, criminal, el perfecto ministro de Satanás, el cerdo alemán. Los luteranos y sus amigos lo presentaron, por el contrario, como un Padre de la Iglesia, el Moisés alemán, Elías y Juan al mismo tiempo, el ángel del Apocalipsis, el Reformador; un hombre de Dios, un *alter Paulus*, el libertador o el héroe de la libertad; su particular Pericles; el profeta y apóstol de los alemanes; el genio de la unificación de su pueblo y su raza. Estas posturas encontradas han deformado al verdadero Lutero y dificultado mucho su conocimiento objetivo. Lutero ha sido, pues, poco y mal conocido, o deformado². Fue motivo y es de interpretaciones diversas y uti-

1 Todavía hoy aparece presentado como *dominico* (A. BELTRAMO ÁLVAREZ, «Lutero, con ojos nuevos»: *Alfa y Omega* (05.04. 2017) 10-11) o *agustino recoleto* (TH. KAUFMANN, *Martín Lutero. Vida, mundo, palabra*, Madrid 2017, 9, 20, nota del traductor Irene Stephanus). En lengua castellana disponemos de unos excelentes trabajos. De obligada consulta: R. LAZCANO, *Lutero, una vida delante de Dios*, San Pablo, Madrid 2017; ID., *Biografía de Martín Lutero (1483-1546)*, Madrid 2009; ID., «La contribución de autores españoles al conocimiento de Martín Lutero (1483-1546) en los últimos veinticinco años (1982-2007)»: *Analecta Augustiniana* 71 (2008) 39-68; ID., «Las ediciones castellanas de las obras de Lutero», en *e-Legal History Review* 24 (enero 2017), revista digital: http://www.iustel.com/v2/revistas/detalle_revista.asp?z=5&id=15; impresa en F.J. CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, ed., *Lutero, su obra y su época* [Colección del Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas, 55], San Lorenzo de El Escorial, 2017, 401-423. Lazcano ha expuesto la vida y obra de Lutero en las universidades de Navarra, Salamanca y Comillas, y recientemente en el curso *La Reforma Protestante 500 años después*, tenido en La Granda (Avilés), dirigido por D. Juan Antonio Martínez Camino.

2 I. GONZÁLEZ MARCOS, «Martín Lutero (1483-1546). Nuevo paradigma de interpretación»: *Revista Agustiniiana* 59 (2017) (octubre); ID., «Martín Lutero. Hitos de su biografía»: [Acceso 1:09.2017]: <https://www.youtube.com/watch?v=6vfYw5iAcuc&t=121s>; «Martín Lutero» [Acceso

lizaciones partidistas. Tanto humanistas como caballeros, burgueses, campesinos, mujeres y hombres laicos, monjes y monjas, vieron en Lutero para sus actuaciones un inspirador y maestro³.

Desde mediados del siglo pasado ha comenzado una nueva visión e interpretación del catedrático de Wittenberg, debido, entre otras cosas, a la nueva valoración dada por el historiador Joseph Lorzt (1887-1975), su discípulo Erwin Iserloh (1915-1996), nuevas biografías aparecidas a partir de 1981⁴, el Concilio Vaticano II (1960-1965)⁵, los diálogos católico-protestantes en el campo ecuménico y sus respectivos documentos, desde la *Relación de Estrasburgo* (1965-1966) hasta *Del conflicto a la comunión. La interpretación luterano-católica de la Reforma en 2017* (2013)⁶, así como las aportaciones que han realizado los papas Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco⁷. Este 500 aniversario de la Reforma es el primero que se celebra en este nuevo clima historiográfico, ecuménico, en contexto de globalización y de nueva evangelización. Contextos que exigen a los cristianos del siglo

10.05.2017]: <http://www.agustinos-es.org/FVR/forcont/forcont.html> [probable publicación en la Revista *Etiam* 2017]. La Federación Luterana Mundial se ha desvinculado de los escritos contra el pueblo judío, en el diálogo con los católicos de los escritos sobre el Papa y la Iglesia católica. «Ha llegado la hora de que también nos distanciamos de sus escritos contra el islam». Cf. M. YOUNAN, «Reflexiones sobre la Reforma»: *Concilium* 370 (2016) 248-249.

3 TH. KAUFMANN, *Martín Lutero. Vida, mundo, palabra*, Madrid 2017, 11-12.

4 J. BROSSER, «La imagen católica y evangélica de Lutero en la actual investigación sobre el reformador»: M. D. KONIECKI – ALMARZA-MEÑICA (ed.), *Martín Lutero (1483-1983)*, 185-210: 194-200; J. BURGGRAF, «Nuevas biografías alemanas sobre Lutero»: *An. de His. de la Iglesia* 8 (1999) 237-245. «Para buscar su figura histórica habrá de tratar siempre a un tiempo de su vida y de su fe, de su tiempo y de su Dios, de la comprensión que él tenía de sí y de los juicios sobre él, y todo esto en el sentido de una relación dinámica» (TH. KAUFMANN, *Martín Lutero*, 2017, 16).

5 El Vaticano II dio mucha importancia a la Escritura y a la predicación de la Palabra de Dios, al sacerdocio común de los fieles, a la necesidad de una continua purificación y reforma, a la libertad religiosa y a la necesidad del diálogo y colaboración ante un mundo que no cree.

6 Entre otros: *Martín Lutero testigo de Jesús* (1983) *Justificación y fe* (1983); *La unidad ante nosotros* (1984) *Iglesia y Justificación* (1993); *Declaración Conjunta sobre la Justificación* (1998). En línea ecuménica, cf. W. KASPER, *Martín Lutero, una perspectiva ecuménica*, Santander 2016, cf. P. LANGA AGUILAR, «Luteranos y católicos hacia la Unidad»: *Vida Nueva* 3009 (2016) 23-30; ID., «Nació hombre, murió reformador. El protestantismo hoy. La travesía de la comunión»: *Imágenes de la fe* 509 (2017) 5-25; D. SATTLER, «Encuentros entre iguales. Diálogos luterano-católicos (romanos) después del Concilio Vaticano II»: *Concilium* 370 (2016) 269-285.

7 En el volumen LIX (2017) de *Revista Agustiniiana*, aparecerá (octubre) un artículo mío, en el que aludo a sus principales intervenciones: J. Pablo II: Maguncia (1980), cardenal Willebrands (1983); Encíclica *Ut unum sint* (1983); Paderborn (1996); Benedicto XVI: Colonia (2005), varios discursos (2007-2009), y Erfurt (23.09.2011); el Papa Francisco y la celebración de Lund (31.10.2016).

xxi que sean uno⁸, para afrontar los grandes desafíos (indiferentismo religioso, la emigración, el terrorismo, explotación de la naturaleza...), presentar un testimonio y acción comunes como testigos de la verdad evangélica y ser misioneros del amor misericordioso de Dios.

El ecumenismo actual y el Papa Francisco (Lund, 31.10.2016) nos piden acercarnos en la fe a Cristo, rezar juntos, escucharnos, y vivir el amor de Cristo en nuestras relaciones. Por su parte, el cardenal de Munich y presidente de la Conferencia Episcopal Alemana, Reinard Marx, señaló que «después de 50 años de diálogo ecuménico para un cristiano católico también es posible leer con respeto los textos de Lutero y sacar provecho de sus ideas»⁹.

Lutero cuenta con una gran producción literaria, unas 80.000 páginas. Catedrático de la universidad de Wittenberg (1513-1544)¹⁰, sus obras eran solicitadas por la imprenta con avidez y muchas se convirtieron en *best seller*. El dominio de la lengua alemana y latina, la fuerza persuasiva y las imágenes (del pintor Lucas Cranach) que acompañaban sus escritos favorecieron su rápida aceptación. Cerca de 2.000 ediciones tuvieron sus obras entre 1517 y 1525. En los años 1519 y 1520 tuvieron entre 12 y 24 ediciones varias de sus obras¹¹. *Un escritor fecundo y superventas en Europa*, como acertadamente lo presenta Rafael Lazcano¹².

He elegido la obra de Lutero, *El Padrenuestro explicado a los simples laicos*, 1519, de sus primeros años como escritor¹³, porque, como señala Franco Bruzzi,

8 JUAN PABLO II, *Discurso a la XIX Asamblea del CELAM*, Port au Prince (9.03.1983) 3; Id., Encíclica *Ut unum sint*, 25.05.1995, cf. Jn. 17,1-26.

9 [Acceso 1:09.2017] <http://www.periodistadigital.com/religion/mundo/2015/01/02/cardenal-reinhard-marx-pide-leer-con-respeto-los-textos-de-lutero-y-sacar-provecho-de-sus-ideas-iglesia-religion-dios-jesus-papa.shtml>

10 Expuso los salmos, los profetas menores, Isaías, Deuteronomio, Génesis, Cantar, y las cartas de san Pablo (Romanos, Gálatas, Tito, y Filemón), Hebreos, y Primera de san Juan.

11 *Sobre el modo de confesarse; Exposición al padrenuestro (varias); Meditación de la Pasión de Cristo; El estado matrimonial; La oración y procesiones de Semana Santa; La preparación para la muerte; El sacramento de la penitencia; El santo y venerable sacramento del bautismo; El venerable sacramento del santo cuerpo de Cristo; La usura (dos sermones); Las buenas obras; El nacimiento de Cristo; Los diez mandamientos; El credo y el padrenuestro; Tesseractas consolatoria (joya espiritual): 14 motivos de consolación y paciencia (alemán y latín), dedicada al príncipe Federico; entre 1519-1521: Operationes in psalms*, cf. R. LAZCANO, *Biografía de Martín Lutero*, 149, 151.

12 Id., 148-151.

13 Seguiré la edición del pastor y teólogo valdense VALDO VINAY, *Il Padre nostro spiegato ai semplici laici*, Turín [Piccola collana moderna. Serie teológica 152], 2015, 86 pp., traducción de: D. Martin Luthers Werke. Kritische Gesamtausgabe, ed. Weimar 1883 ss., II, 80-130. Cf. también *El Padrenuestro* [1519]. Traducido directamente del alemán por M. [Manuel] Gutiérrez Marín, (2ª ed. revisada) [Col. Obras Clásicas de la Reforma, 2], Ed. La Aurora – Casa Unidad de Publicaciones,

«no podemos olvidar la formación agustiniana de Lutero, para quien Agustín es el gran Padre de la Iglesia¹⁴... Lutero es un teólogo, pero es necesario añadir que es un teólogo bíblico... Los temas que afronta al inicio de sus estudios estarán presentes hasta el final»¹⁵. Rezuman en esta obra esas tres características: teología agustiniana¹⁶, bíblica¹⁷ y principios fundamentales de su teología.

El libro es un ejemplo de predicación, con una estructura muy sencilla: después de un Prefacio sobre los tres modos de orar y una amplia explicación de la invocación inicial, sigue el comentario a cada una de las siete peticiones contenidas en la oración. El escrito concluye con un diálogo del alma con Dios en el que se recuerda lo esencial de las siete peticiones. El censor que examinó el escrito para ser traducido al italiano el mismo año 1519, escribió sin saber quién era el autor: «Bienaventuradas las manos que han escrito estas cosas, bienaventurados los ojos que las ven y bienaventurados los corazones que crean en este libro»¹⁸.

Se quejaba Lutero en esta obra de aquellos que van de aquí para allá buscando su propia salvación y no quieren ir a lo esencial, esto es, que interiormente se donen a sí mismos a Dios y se conviertan en su reino. También hoy es urgente reivindicar una catequesis y nueva evangelización que inicie con lo esencial de nuestra fe¹⁹.

Entre 1513-1517 Lutero explicó los salmos (1513-1515), la carta a los Romanos (1515-1516), la carta a los Gálatas (1516-1517) y la carta a los Hebreos

Buenos Aires – México 1946, 132, [3] pp.; P. ZAMORA, «El Padrenuestro en Lutero»: *SEUT* 4 (2001) 1-5: [Acceso 5.04.2017] <http://www.facultadseut.org/media/modules/editor/seut/docs/separata/separ032.pdf>:

Cf. ID., <https://lasteologias.wordpress.com/2008/05/19/el-padrenuestro-en-lutero/>

14 En abril de 1517 escribía Lutero a Juan Lang: «Nuestra Teología y san Agustín, gracias a Dios, avanzan y reinan en nuestra Universidad. Aristóteles va de caída y precipitándose poco a poco hacia su futura ruina sempiterna», cf. R. LAZCANO, *Biografía de Martín Lutero*, 105, n. 33. Cf. M. VILLEGAS RODRÍGUEZ: F.J. CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA (ed.), *Lutero, su obra y su época*, San Lorenzo de El Escorial [Colección del Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas, 55], 2017, 211-237.

15 P. RICCA, *Lutero mendicante di Dio* [Uomini e profeti 26], dirig. G. Caramore, Brescia 2010, 19.22; cf. también R. LAZCANO, *Biografía de Martín Lutero*, 105-109.

16 Cf. *Revista Agustiniana* 58 (2017) 7-272. Se estudian cada una de las siete peticiones de la oración. San Agustín instruye como pastor a sus fieles para que oren y oren bien. Es uno de los padres que con mayor frecuencia ha comentado la oración del Señor, ocho exposiciones completas y más de una veintena parciales, cf. J. GARCÍA ÁLVAREZ, «El Padre nuestro en San Agustín»: *Revista Agustiniana* 175-176 (2017) 23, n. 1.

17 Valdo Vinay recoge más de 115 citas explícitas del Antiguo y Nuevo Testamento.

18 P. RICCA, *Lutero mendicante di Dio*, 49.

19 A. CAÑIZARES LOBERA, «Lo principal de la catequesis es enseñar a orar el Padrenuestro»: *Actualidad Catequética* 221-222 (2009) 117-119.

(1517-1518). Explicando los salmos ya aparecían los temas de «la justicia de Dios, la misericordia de Dios, el pecado del hombre, la humildad por la que un hombre reconoce su propia nada y deja todo lo bueno a Dios sin atreverse a reclamar nada para sí mismo, y la justificación»²⁰.

En 1535 Lutero volvió a explicar la oración del Padrenuestro, que dedicó a su amigo, el barbero-cirujano Pedro Besdemdorf. En esta obra Lutero también explica brevemente los mandamientos de la ley de Dios bajo cuatro aspectos: «como libritos de doctrina, de acción de gracias, de confesión y de petición. A base de ellos el corazón podrá concentrarse y enfervorizarse en la oración»²¹. Y propuso una sabia consigna: «cuida de no tomar todo o demasiado de un golpe para no cansar al espíritu. Es más: una oración, para ser buena, no debe ser larga ni demasiado distanciada, sino repetida y ardiente. Bastará con que medites un punto o la mitad, con lo que podrás encender una hoguera en tu interior»²².

2. La obra del Padrenuestro

Lutero predicó²³ durante la cuaresma de 1517 sobre el Padre Nuestro. La edición reelaborada en latín que de estas homilías hizo su discípulo Johann Schneider de Eisleben²⁴ al año siguiente, no le satisfizo por completo, pues habían sido difundidas «de modo incorrecto». Vio, pues, la necesidad de publicar él mismo una edición de su *Padre nuestro*. Surge así el *Padre nuestro en alemán para los simples lai-*

20 R. LAZCANO, *Biografía*, 81-82. «Desde la cátedra fustiga a obispos, sacerdotes, doctores y religiosos..., impugna las buenas obras de aquellos frailes de observancia rigurosa o *religiosos devotarios*, que con ayunos, oraciones y ceremonias piensan en la propia justificación por sus méritos... solo los méritos de Cristo justifican al hombre», Cf. ID., 82.

21 M. LUTERO, *Método sencillo de oración para un buen amigo*, 1535: T. EGIDO (ed.), *Lutero. Obras* Salamanca [El peso de los días 1], 2001, 319-331.

22 ID., 331.

23 «Sus primeras predicaciones datan de 1514... Sintió en su interior que había sido destinado por Dios para la predicación. Este era su principal oficio y deber... Pronto alcanzaron gran resonancia..., un eco más allá de las fronteras de Alemania», cf. ID. 83-84

24 Se trata de Johannes Agrícola (1494-1566), testigo de la disputa de Leipzig (1519), amigo de Lutero y Melanchthon, aunque terminó mal con ambos por sus tesis antinomistas (opone Ley y Evangelio; los cristianos estarían liberados por la gracia de cumplir los Diez mandamientos). Fue gran predicador por lo que fue invitado a las dietas de Spira (1526 y 1529) para hacerlo ante la corte. Criticó a la Liga de Esmalcalda cuando se opuso al emperador, cf. H-G. ROLOFF, «*Der Märtyrer und die Politik*: Johann Agricolas Tragedia Johannis Huss - Zur Entstehung eines protestantischen Kampfdramas 1537»: *European Medieval Drama* 19 (2015) 33-45.

*cos*²⁵. Lutero deseaba en el prefacio, «explicarme, si es posible, con mayor claridad y conceder un servicio también a mis adversarios». No pretendía «dañar a nadie, sino beneficiar a todos». Recuerda el precepto del Maestro de no decir muchas palabras como los paganos (Mt 6,7)²⁶, sino el «Padre nuestro que estás en el cielo...», enseñándonos así las palabras y la música; es decir cómo y qué debemos pedir²⁷.

En cuanto a la música es decir pocas palabras, pero con propósito de reflexión intensa. Establece Lutero el axioma pocas palabras y mucho sentido es cristiano, muchas palabras y poco sentido es pagano. Hay que adorar en espíritu (frente a la oración mecánica) y en verdad (contra la oración aparente) (Jn 4,24). La oración aparente se hace con la boca, la oración espiritual es veraz porque es el deseo interior²⁸. La primera actitud hace hipócritas y falsos, seguros de sí mismos; el otro hace santos e hijos temerosos de Dios.

Hay tres modos diversos de hacer oración exterior: a) por simple obediencia (da fruto y hace mal al diablo; b) sin obediencia o contra voluntad, con aburrimiento, o por amor al dinero, al honor y a la alabanza. Sería mejor abandonarla, si bien Dios les recompensa no como a hijos, sino como a siervos: bienes y honores terrenos; c) con la meditación del corazón, pasando de la apariencia a la verdad, del exterior al interior²⁹.

25 *Auslegung deutsch des Vater unser fuer dye einfeltigen leyen*, Leipzig, tip. Melchior Lotther, 1519, cf. V. VINAY, *Il Padre nostro*, 5-6.

26 Lucas introdujo con el Padrenuestro su primera introducción sobre la plegaria cristiana (Lc. 11, 1-13), redactada para quienes no saben todavía orar (v. 1) y necesitan aprender la esencia (=el Padrenuestro) de la oración cristiana (v. 2-4), así como las modalidades (v. 5-10) y principal don de la misma (v. 11-13); iniciación, por tanto de los catecúmenos a la oración cristiana. Mateo, en el contexto de su catecismo cristiano sobre el Sermón de la Montaña (5, 1 - 7, 29), redactó el Padrenuestro (6, 9-13) como culmen de su catequesis oracional (6, 5-15) para los fieles de su comunidad judeo-cristiana, los cuales saben ya orar, pero corren el peligro de caer en la vanagloriosa ostentación de la oración judía (6, 5-6), así como en la autosuficiente palabrería de la plegaria pagana (6, 7-8). El modo de evitar una y otra sería pues rezando el Padrenuestro (6, 9-13), siendo así, la de Mateo, una posbautismal catequesis mistagógica sobre la oración cristiana, cf. S. SABUGAL, *Abba`... La oración del Señor* [BAC 467], Madrid 1985, 10; Id., *El padrenuestro en la interpretación catequética antigua y moderna*, Salamanca [Nueva Alianza 79] 1990. De esa autosuficiente palabrería de la plegaria pagana quiere también Lutero liberar al cristiano. También Agustín explica a sus fieles que no es necesaria la palabrería, sino «afecto filial, no palabrería» (*Sermón*, 56, 4).

27 V. VINAY, *Il Padre nostro*, 7.

28 En esto sigue a san Agustín: «Pues el mismo deseo de querer comprender es ya una oración a Dios» (*Sermón* 152, 1). Más aún, la duración del deseo es la duración de la oración: «El deseo ora siempre, aunque calle la lengua. Si siempre deseas siempre oras. ¿Cuándo se adormece la oración? Cuando se enfría el deseo» (*Sermón* 80, 7); «Tu deseo es tu oración; si el deseo es continuo, continua es tu oración» (*Com. Salmo 37,14*), cf. J. GARCÍA ÁLVAREZ, *Oremos con San Agustín. La voz del corazón*, Madrid [Palabra y vida 12], 2007, 22, 14.

29 V. VINAY, *Il Padre nostro*, 8-9.

Las palabras son Padre nuestro que estás... y porque viene de Nuestro Señor debe ser la oración más alta, más noble y la mejor. Debe ser preferida a las demás porque ella contiene toda indulgencia, todo beneficio, toda bendición y todo lo que el hombre necesita para su cuerpo y su alma, aquí en la tierra y allá en el cielo. La oración está dividida en dos partes: un prólogo, principio y preparación y después siete peticiones³⁰.

3. Principio y división

El mejor principio y prólogo es que se sepa cómo llamar, honrar y tratar a quien se implora. Y entre todos los nombres el que mejor le encaja es el de *Padre*, que nos prepara a acercarnos a Dios. Se trata de un hablar amoroso, suave, profundo y cordial. No hay otro nombre mejor que el de Padre que nos prepare para acercarnos a Dios. A Dios le gusta también este nombre. Con él le conmovemos en lo más íntimo y nos confesamos sus hijos. Quien confiesa tener un Padre en el cielo se sabe mísero y abandonado en la tierra, lejos de él, entre peligros, entre diablos y grandes enemigos y peligros de todo género. Es la mejor oración porque habla en ella más el corazón que la boca³¹. Se puede cumplir con el precepto eclesiástico masticando y recitando salmos, pero Dios te dirá «el pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Is 29,13). Lamenta Lutero que la predicación ha llevado al pueblo no a la oración interior, como los Padres de la Iglesia, sino a la oración mecánica y sobre todo a formas devocionales que buscan sus beneficios. Lucas recuerda «orad continuamente» (Lc 18,1)³² y los doctores de la Sagrada Escritura que la esencia y naturaleza de la oración es una elevación del alma o del corazón a Dios. Ahora bien, Lutero también admite que son necesarias las palabras hasta que no hayan crecido las plumas que nos permitan volar sin ellas. Más aún, las acepta con viva gratitud como particular gran don de Dios, pero siempre y cuando no se ponga en ellas una falsa confianza, recitando con los labios sin ningún fruto o mejoramiento, es más, con deterioro moral del corazón. Cristo ordenó esta oración. No quiso que cada uno ore por sí solo, sino

30 Id., 9.10.

31 Una y otra vez Lutero parece seguir a san Agustín, sabiendo que «*el llamar a Dios no se hace con la voz, sino con el corazón*» (Com. Salmo 30, II, 3, 10). En la Regla habría leído en más de una ocasión: *Cuando oréis a Dios con salmos e himnos, sienta vuestro corazón lo que proferís con la voz* (Regla, II, 12).

32 También aquí recuerda la Regla, siguiendo al apóstol de los gentiles (Col. 4, 2; Rm 12, 12) «*Sed asiduos en las oraciones y las horas y tiempos establecidos*» (Regla II, 10).

por todos los hombres: *Padre nuestro*, incluyendo a los enemigos. Y puesto que es nuestro Padre quiere que seamos hermanos, nos amemos de corazón y oremos unos por otros³³.

Luego Lutero advierte que en esta oración encontramos siete peticiones: 1. Santificado sea tu nombre; 2. Venga tu reino; 3. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo; 4. Danos hoy nuestro pan cotidiano; 5. Perdona nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores; 6. No nos dejes caer en la tentación, en la prueba; 7. Líbranos del mal. Amén, siete enseñanzas o exhortaciones, siete índices de nuestra miseria e indigencia (san Cipriano)³⁴.

4. Primera petición: Santificado sea tu nombre

Entre todas las peticiones es la mayor. Siguiendo a san Cipriano, afirma que su nombre debe ser santificado en nosotros. Explica cómo viene profanado y deshonrado en nosotros de dos modos: cuando lo utilizamos para pecar y cuando lo robamos (como un vaso sagrado en una iglesia); cuando lo pronunciamos y lo usamos no para el bien, el mejoramiento y crecimiento de nuestra alma, sino para pecar (magia, fábulas, mentiras, juramentos, maldiciones, engaños,...), usándolo en vano, como nos dice el segundo mandamiento, en pocas palabras, cuando no vivimos como hijos de Dios³⁵.

¿Cuál es la naturaleza de los hijos de Dios? Los cristianos mediante el bautismo hemos nacido de nuevo volviéndonos hijos de Dios³⁶ y si seguimos a nuestro Padre en su conducta, todos sus bienes y sus nombres son nuestra herencia eterna³⁷. En *tu nombre* están todas las virtudes de Dios: misericordioso, humilde, justo, puro, veraz, fuerte, simple, sabio... Y como hemos sido bautizados en estos nombres, todos los hijos de Dios se llaman y deben ser benignos, misericordiosos, castos, justos, veraces, simples, afables, amantes de la paz, de ánimo gentil hacia todos, incluso hacia los propios enemigos. Quien es colérico, litigan-

33 V. VINAY, *Il Padre nostro*, 11-16.

34 ID. 17. Recuerda también san Agustín haberlo visto así en Cipriano: «No permitas que caigamos en tentación» (*Dono pers.* 6, 12).

35 V. VINAY, *Il Padre nostro*, 18-19.

36 En una de sus genialidades el Hiponense suelta a sus fieles esta perla: el Padre Nuestro es «el bautismo diario para los pecados que hacemos a lo largo del día» (*Sermón* 213, 9).

37 Recuerda en otra obra Agustín que con este nombre (de Padre) «se inflama la caridad, pues ¿qué puede ser más querido para los hijos que el padre?... ¿qué no va a conceder a los hijos que piden, habiéndoles otorgado ya antes el ser hijos?» (*Sermone in dom. monte*, 2, 16).

te, ofensivo, malicioso, despiadado, impuro, blasfema, miente, jura, calumnia, profana el nombre divino en quien fue bendecido y bautizado y llamado, y contado entre los cristianos y recogido en el pueblo de Dios. De hecho tal individuo bajo el título del nombre divino honra el nombre del diablo, siendo un mentiroso, un impuro, un calumniador, lleno de odio, etc. Y quienes le siguen, dice el Sabio (Sab 2,25), son afines y compañeros. No actúan diversamente de un sacerdote que con el sagrado cáliz diera de beber a una prostituta o tomara estiércol. Viene profanado también el nombre de Dios con el hurto (de su gloria); es decir los orgullosos que creen ser justos y santos y se dan a sí mismo el nombre de justos y santos y veraces (los *profondi corde*, de la Sagrada Escritura)³⁸.

¿Quiénes son los hombres más peligrosos y malvados de la humanidad?

Tienen siempre en la boca la palabra *siempre*. Presumen de sus buenas intenciones, de sus pensamientos que proceden del corazón. Pero hay que esconderse de estos lobos que circulan con piel de oveja. Solo dan espinas. El mismo Cristo nos enseña «*los conoceréis por sus frutos*» (Mt. 7,16). Decretan en su interior que son justos, que tienen buenas intenciones, su propia vida es así, rezan, ayunan y hacen otras obras buenas, y tienen intelecto y gracia de Dios más que los demás, pero no se miden con los superiores a ellos, sino con los inferiores. Olvidan rápidamente que todo eso que tienen es don de Dios; por eso sienten la necesidad de juzgar, condenar, calumniar, despreciar y alzarse sobre cada uno y se vuelven orgullosos, se endurecen sin ningún temor de Dios. No hacen otra cosa que contaminarse llevando en el corazón y teniendo en los labios los pecados de los demás. Aquí están los frutos de los cardos y de los higos, son los frutos de las mandíbulas del lobo bajo piel de oveja. Son como el fariseo del Evangelio (Lc 18,11), o perversos (Sal 18,26). Solo Dios es santo, justo, bueno; delante de Dios todos somos igualmente pecadores. Y si alguien tiene una ventaja sobre otro, no es suya, sino de Dios. Si se habla contra ellos, se les tiene poca consideración o se les desprecia, o les surge alguna contrariedad, comienzan las lamentaciones, olvidándose de la preciosa oración de Job: «Dios me lo dio, Dios me lo quitó, bendito sea el nombre de Dios» (Job 1,21). Si se toca tu reputación, honor, lo que tienes, no se toca lo tuyo, sino el bien de Cristo. Y para enseñártelo él dispone que te sea quitado lo que piensas que es tuyo, a fin de que tú reconozcas que no es tuyo, sino suyo. Como nadie santifica suficientemente el nombre de Dios, pues esto solo ocurre en el cielo; esta petición es una doctrina medicinal y una denuncia de nuestra vida mísera y dañada sobre la tierra que lleva al hombre al conocimiento de sí mismo. De hecho santificado sea tu nombre en nosotros quiere decir que no está aún santificado en nosotros;

38 V. VINAY, *Il Padre nostro*, 19-21.

con nuestros labios atestiguamos que somos blasfemos de Dios. Esta oración nos ha sido dada para que nos ejercitemos en desear en el corazón que el nombre de Dios sea santificado. Si no se honra a Dios y estamos en pecado, ¿quiere decir que estamos condenados? Hay dos clases de personas: unos reconocen que no santifican suficientemente el nombre de Dios y oran por eso seriamente y sienten la gravedad de su conducta miserable. A estos Dios les concede cuanto piden; y porque se juzgan y se condenan a sí mismos, Dios les absuelve y les perdona sus deudas. Otros son espíritus independientes y superficiales que estiman en poco sus defectos, se los echan a la espalda, y tampoco ven nada y no piden nada. Descubrirán finalmente la grandeza de este pecado, tomado por ellos a la ligera, y vendrán condenados por las razones por las que pensaban ser salvados; como dice Cristo a los fariseos (Mt 23,14), que por sus largas oraciones recibirán una mayor condena.

El Padre nuestro enseña, sobre todo, a reconocer tu gran miseria y perdición. Eres un blasfemo de Dios; debes alarmarte de tu propia oración si reflexionas sobre lo que dices orando. Tu misma oración te condena, testimonia contra ti, te acusa, tú caes a tierra, ¿quién te socorre? Si te humillas en el conocimiento de tu miseria, entonces viene la doctrina consoladora y te anima; la oración te enseña a no desesperar, sino a pedir a gritos la gracia y la ayuda de Dios. Tú estás convencido y debes firmemente creer que él te ha enseñado a orar así, porque quiere escucharte³⁹. La oración hace que Dios no te impute el pecado y no te trate con severidad. Retienen a Dios bueno solo aquellos que confiesan seriamente profanar el nombre de Dios mientras firmemente desean que sea santificado⁴⁰.

En **conclusión**, el sumario de esta petición es el siguiente: ¡Ah, Padre querido!, tu nombre sea santificado en nosotros, es decir, confieso que frecuentemente he profanado tu nombre y que aún con mi orgullo y con mi propio honor y con mi nombre blasfemo tu nombre. Por eso, socórreme con tu gracia hasta que renuncie en mí a mi nombre y yo sea reducido a nada, hasta que Tú seas y tu nombre, y ése en mí. Espero que hayas entendido que *tu nombre* equivale a «tu honor o alabanza», puesto que la Escritura llama un buen nombre honor y alabanza. Por tanto esta oración solo desea que el honor de Dios sea buscado ante todo y en todas las

39 Para Agustín esta petición significa que el nombre de Dios sea santo entre los hombres. «Pues tu nombre siempre es santo, pero para ciertos hombres malvados e impuros, todavía no es santo tu nombre» (*En. in Ps.* 103, 1, 3). Y también «que su nombre sea santificado en nosotros, pues en sí siempre es santo. ¿Cómo es santificado su nombre en nosotros sino haciéndonos él santos? Pues nosotros no éramos santos, y por su nombre hemos sido hechos tales... Rogamos por nosotros, no por Dios» (*Id.*, *Sermón* 57, 4), pues «si desprecias el nombre de Dios, el mal sería para ti, no para él» (*Id.*, *Sermón* 56, 5).

40 V. VINAY, *Il Padre nostro*, 21-27.

cosas y que toda nuestra vida sirva siempre y solo al honor de Dios, no a nuestro beneficio, ni siquiera a nuestra dicha o cualquier otro bien, temporal o eterno, que no esté propiamente ordenado al honor y alabanza de Dios. Esta es la primera oración, puesto que el honor de Dios es el primero, el último, el mayor tributo que le podemos pagar, y él no busca ni exige otra cosa de nosotros. Ni podemos darle otra cosa, porque todos los demás bienes nos los dona; pero el honor lo reserva a él solo, a fin de que reconozcamos, hablemos, cantemos, vivamos, obremos y hagamos todo y suframos testimoniando que todas las cosas son de Dios, según el dicho del salmo (Sal 111,3). «Confessio et magnificentia opus eius», alabanza y gran honor es su obra, y su justicia permanece para siempre. Esto equivale a decir que las obras del hombre en las que Dios mora y vive no hacen otra cosa que alabar y honrar a Dios atribuyéndole todo. Por ello un hombre sabio no estima que se le deshonre o se le desprecie, aun sabiendo que es justo que se haga. Y si nadie lo quiere despreciar o deshonrar, él mismo lo hace y no puede tolerar su alabanza y su honor. Y por eso es justo, porque da a Dios lo que es de Dios y a sí mismo lo que es suyo, a Dios el honor y todas las cosas, a sí mismo el vituperio y la nada. Esta es la justicia que dura eternamente, porque no gusta solo a los hombres de este tiempo, como las lámparas de las vírgenes necias y la piedad de los santos hipócritas, sino al Dios eterno, ante quien dura luego eternamente.

Ahora fijate que esta oración combate el abominable orgullo que es el principio, la vida, la sustancia de todo pecado. Porque no vive ninguna virtud ni vale donde haya orgullo, tampoco vive ni perjudica ningún pecado donde el orgullo está muerto. Y como una serpiente tiene en la cabeza toda su vida y si esa cabeza está muerta no puede hacer mal a nadie, así si estuviera muerto el orgullo, todos los pecados no serían ya nocivos, es más estarían muy bien. Y como nadie está exento de orgullo, de honor y ambición por su propio nombre, tampoco existe nadie que no tenga mucha necesidad de esta oración y a quien no le sea muy útil⁴¹.

5. Segunda petición: Venga tu reino

Esta segunda petición⁴², como las demás, tiene un doble efecto: nos abate y nos eleva. Nos abate obligándonos a confesar con nuestros labios nuestra gran

41 Id. 28-29.

42 Muy sugerente y completo (con numerosas citas agustinianas) nos parece el reciente artículo de E. GÓMEZ GARCÍA, «Venga tu reino. Súplica por existencias escatológico-mesiánicas»: *Revista Agustiniiana* 175-176 (2017) 81-116. Resume el autor magistralmente la profunda enseñanza

lamentable miseria; pero nos eleva mostrándonos cómo debemos comportarnos en tal humillación. Así toda palabra de Dios tiene la propiedad de aterrorizar y consolar, de golpear y sanar, de destruir y de edificar, de arrancar y de plantar, de humillar y enaltecer.

En primer lugar nos humilla haciéndonos confesar abiertamente que el reino de Dios no ha llegado a nosotros. Siendo meditado profundamente en nuestra oración, este hecho, debe aspa ventar, turbar y angustiar a todo corazón justo. Vemos que estamos aún rechazados, en la miseria y entre crueles enemigos, privados de nuestra amadísima patria.

Son dos daños funestos y lamentables. El primero que Dios Padre está privado de su reino en nosotros, y mientras Él es y debe ser señor de todas las cosas, solo de nuestra parte encuentra oposición a tal poder y a tal dignidad. Esto contribuye no poco a deshonrarlo, como si fuese un señor sin tierra y su dignidad de Omnipotente estuviera burlada por nosotros. Sin duda este hecho debe afligir a cuantos aman a Dios y desean para Él el bien; además es espantoso que seamos precisamente nosotros quienes disminuyamos y obstaculicemos el reino de Dios, de tal forma, que si él quisiera juzgar con severidad, nos podría justamente condenar como enemigos de su reino y como ladrones. El otro daño es nuestro, porque nos encontramos en la miseria y en tierra extranjera prisioneros bajo potentes enemigos⁴³.

En segundo lugar, si tal pensamiento nos ha humillado revelándonos nuestra miserable condición, después venimos consolados y el buen Maestro, Cristo nuestro Señor, nos enseña que debemos orar y anhelar salir de la miseria sin desesperar; pues, a cuantos confiesan obstaculizar el reino de Dios, pero suplican que éste venga, Dios, por ese sufrimiento y súplica, perdonará lo que de otra forma justamente castigaría⁴⁴. Pero los espíritus independientes, a quienes no les importa mucho dónde quede el reino de Dios y que no piden de corazón por éste,

escondida tras la interpretación agustiniana de la súplica dominical *venga tu reino*: «el obispo de Hipona enseña a los neófitos la ontología bautismal como una antropología escatológica-mesiánica a través de la cual presencian en las estructuras sociales y creacionales el enardecido deseo de que este mundo concluya y *venga* el reino. Para entrar en él tendrán que asumir praxis acorde con dicho reino, que no es otra cosa que ser cristianos; es decir, vivir como Cristo, filial y fraternalmente. De este modo, dichas existencias escatológico-mesiánicas, al tiempo que se esfuerzan por ser declaradas dichosas al final de los tiempos, transforman ya la realidad que viven, anticipando lo que en germen y fuerza se no ha dado» (ID., 115).

43 Lo compara a un hijo de un príncipe o un pueblo entero bajo el dominio del Turco, pero nosotros debemos esperar la muerte eterna, que debería estremecernos mucho más que estar delante de cien muertos, ID., 30.

44 V. VINAY, *Il Padre nostro*, 29-30.

Él ciertamente los juzgará seriamente junto a los tiranos y a los subversivos de su reino. Y ya que cada uno debe recitar esta oración, se sigue que nadie está sin culpa respecto del reino de Dios. Para comprender esto es necesario saber que existen dos reinos.

El primero es el reino del diablo, llamado por el Señor en el Evangelio (Jn 16,11) príncipe de este mundo. Es el reino del pecado y de la desobediencia y para las personas justas una gran miseria y una prisión, prefigurada en los tiempos antiguos por los hijos de Israel en Egipto, quienes con gran fatiga y pena debían cultivar el país sin tener nada, porque de tal forma se pensaba destruir. Así quien pecando sirve al diablo, debe sufrir mucho, especialmente en la conciencia, incluso finalmente merece la muerte eterna. Ahora todos nosotros estamos en este reino, hasta que no llegue el reino de Dios, pero de forma diversa. Porque en éste las personas justas luchan cada día con los pecados, y con perseverancia y con fuerza resisten a la concupiscencia de la carne, a las seducciones del mundo, a las tentaciones del diablo. Por más justos que seamos, también las malas tendencias quieren siempre participar en el gobierno de nuestra vida; es más, desearían señorear solas y tener sus riendas. Así el reino de Dios está en lucha continua con el reino del diablo⁴⁵. Y los creyentes son conservados y salvados para que luchen en sí mismos contra el reino del diablo, para el crecimiento del reino de Dios. Y éstos son aquellos que con palabras, con el corazón y con la obra recitan esta oración. Así el Apóstol san Pablo dice (Rm 6,12) que no debemos dejar que el pecado reine en nuestro cuerpo para obedecer a la concupiscencia; como si quisiera decir: sentiréis tener malas tendencias, inclinaciones a la ira, a la impureza y cosas similares; cosas que querrán llevaros al reino del diablo, es decir, de donde provienen los pecados; y ellos mismos son pecados⁴⁶. Pero vosotros no debéis seguirles, sino combatirles y someter y reprimir estos traidores del antiguo reino del diablo dejados aún entre vosotros, como los hijos de Israel hicieron con los jebuseos y los amorreos, para acrecentar el reino de Dios en vosotros (que es la verdadera tierra prometida). Los demás viven en el reino del diablo con placer, siguiendo todas las concupiscencias de la carne, del mundo, del diablo; y si fuese posible desearían permanecer allí para siempre. Éstos alargan la esfera del diablo

45 El conflicto entre el reino de Dios y el reino del diablo o de las fuerzas del mal se ve ya en el Evangelio (Lc 10, 18; Mc 3, 27; Lc 11, 20.21-22), o quienes no dejan reinar a Dios en sus vidas (*Sermón* 362, 14), quienes se dejan arrastrar por el espíritu de la avaricia y lujuria (*Sermón* 71, 4). El Evangelio afirma que el reino de Dios sufre violencia (Mt 11, 12; Lc 16, 16; *En. in Ps.* 86, 6; 147, 27), cf. E. GÓMEZ GARCÍA, «*Venga tu reino. Súplica ...*»: 95, n. 40-41, donde hace referencia al reino y antirreino en la teología de la liberación en América Latina.

46 V. VINAY, *Il Padre nostro*, 31-32.

y disminuyen, es más, devastan el reino de Dios. Por eso acumulan bienes, hacen magníficas construcciones, buscan todo lo que el mundo puede dar, como si quisieran permanecer aquí eternamente sin pensar que, como dice san Pablo, «no tenemos aquí una ciudad permanente» (Heb 13,14). Éstos recitan esta oración con los labios, pero la contradicen con el corazón, y son como las plúmbeas cañas del órgano que chillan y suenan con fuerza en la iglesia, pero no tienen ni lengua ni cerebro, y quizás los órganos son la imagen y denuncia de estos cantores y orantes.

El otro reino es el reino de Dios, es decir, el reino de la justicia y de la verdad, del cual Cristo dice: «Buscad sobre todo el Reino de Dios y su justicia» (Mt 6,33). ¿Qué es la justicia de Dios o de su reino? Que no haya pecado en nosotros, sino que todos los miembros, nuestra fuerza y potencia estén sometidos a Dios y para su servicio, de forma que podamos decir con Pablo: «y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Ga 2,20). Y a los Corintios: «No os pertenecéis, habéis sido comprados con un tesoro precioso, por eso debéis honrar a Dios y llevarlo en vuestro cuerpo» (1 Cor 6,19-20), como si dijera: Cristo os ha comprado donándose a sí mismo, por eso debéis ser suyos y dejar que él viva y gobierne en vosotros. Esto se verifica cuando en nosotros no gobierna ya el pecado, sino solo Cristo con su gracia⁴⁷. Por tanto, el reino de Dios es paz, honestidad, humildad, pureza, amor y toda virtud, que no haya ira, odio, amargura, impureza y cosas semejantes. Ahora bien, mírese cada uno a sí mismo para descubrir si se inclina hacia esta o aquella parte; así sabrá a qué reino pertenece. No hay nadie que no encuentre en sí algo del reino del diablo. Por eso debe rezar: *Venga tu reino*. Porque el reino de Dios comienza aquí y se acrecienta, pero se cumple en la otra vida. Así podemos resumir: «Venga tu reino. Padre querido, no nos dejes vivir mucho aquí, para que tu reino se cumpla en nosotros y seamos redimidos totalmente del reino del diablo. O, si deseas dejarnos más tiempo en esta miseria, danos tu gracia, para que podamos comenzar en nosotros tu reino y acrecentarlo incesantemente, para disminuir y subvertir el reino del diablo».

Pero en este asunto hay dos grandes errores.

El primero: quienes corren de aquí para allá para ser justos, para llegar al reino de Dios y ser salvados. Uno va a Roma, otro a Santiago, uno edifica una capilla, otro hace una donación, un tercero otra cosa. Pero no quieren ir a lo esencial, esto es darse interiormente a sí mismos a Dios y convertirse en su reino; cumplen muchas de aquellas obras exteriores y fingen muy bien, pero interiormente permanecen llenos de malicia, de ira, de odio, de orgullo, impacientes, impuros, etc.

47 Id., 32.

Contra estos habló Cristo, cuando le fue preguntado sobre la venida del reino de Dios: «El reino de Dios viene sin dejarse sentir (no exteriormente)... el Reino de Dios ya está entre vosotros (interiormente)» (Lc 17,20-21). Como dice Mateo (Mt 24,23), no se dirá «está aquí o allí»; y *cuando se diga «está aquí o allí»*, no debéis creerlo, porque son falsos profetas. Como si dijera: si queréis conocer el reino de Dios, no lo debéis buscar lejos, ni ir a otros países. Está cerca de ti, si quieres; es más, no está solo cerca de ti, sino en ti; puesto que honestidad, humildad, verdad, pureza y toda virtud (esto es el verdadero reino de Dios) no se pueden ir a coger en otros países o más allá de los mares, sino que deben surgir en el corazón.

Por eso no rezamos así: «Padre querido, haznos ir a tu reino», como si debiéramos correr detrás de él, sino «venga a nosotros tu reino». La gracia de Dios y su reino con todas las virtudes deben venir a nosotros, lo debemos recibir; no podemos ir a éste, como también Cristo ha venido a nosotros del cielo a la tierra y no hemos subido nosotros de la tierra al cielo.

El otro error es que muchos recitando esta oración están preocupados solo de su dicha y entienden por reino de Dios solo gloria y placer en el cielo, según pueden pensar con su mente carnal, y de esta forma están angustiados por miedo al infierno mientras en el cielo buscan solo las propias cosas y su provecho.

Éstos no saben que reino de Dios no significa otra cosa que ser justos, honestos, puros, humildes, mansos, benignos y colmados de todas las virtudes y de toda gracia, hasta que Dios tome posesión de nosotros y Él solo sea, viva y gobierne en nosotros. Esto es lo que se debería codiciar antes que nada, y sobre todo porque ser bienaventurados significa que Dios nos gobierna y nosotros somos su reino. Pero la gloria y el placer y todo lo que se puede desear, no se debe buscar, ni pedir, ni desear, sino que todo se hará encontrar por sí mismo y seguirá al reino de Dios. Como no puedes beber buen vino, sin que tengas su placer y gloria, sin pedirlo, ni pudiéndose impedir; de la misma manera cuando las gracias y las virtudes (el reino de Dios) se vuelven perfectas, vienen adornadas de gloria, paz y dicha y de todo placer, sin nuestra colaboración, natural y libremente. Para que nuestra mirada no sea hipócrita e interesada, Cristo no nos dice pedir y buscar la consecuencia del reino, sino el mismo reino de Dios. Pero aquéllos buscan primero lo que está en el fondo y viene por último, mientras no consideran para nada lo esencial, o lo consideran solo por lo que sigue al final. Por esta razón no recibirán nada. No quieren verdaderamente lo que precede, por lo que no tendrán tampoco lo que sigue⁴⁸.

48 Id., 32-35.

6. La tercera petición: Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo

Esta petición produce igualmente los efectos de la anterior⁴⁹, es decir, humilla y enaltece, hace pecadores y justos; pues en todo tiempo la palabra de Dios cumple estas dos obras, *iudicium et iustitiam*, juicio y justicia, como está escrito: «Beati, qui faciunt iustitiam et iudicium in omni tempore, bienaventurados los que ejercitan el juicio y la justicia en todo tiempo» (Sal 106, 3).

El juicio no es otra cosa que esto: que un hombre se conozca, se juzgue y se condene, humillándose verdaderamente y abajándose a sí mismo.

La justicia es este conocimiento de sí, la petición y la búsqueda de la gracia de Dios, para después ser alzado al lado de Dios.

Examinemos los dos puntos en la petición.

Sobre todo, nos juzgamos a nosotros mismos y nos acusamos con nuestras propias palabras de ser desobedientes a Dios y de no cumplir su voluntad, puesto que si cumpliéramos la voluntad de Dios, esta oración sería inútil. Por eso es tremendo oír la palabra *hágase tu voluntad*. ¿Qué puede ser más tremendo que no se cumpla la voluntad de Dios y que su mandamiento sea despreciado, como claramente confesamos contra nosotros mismos en esta petición? Porque debe ser verdad que no cumplimos o no hayamos cumplido la voluntad de Dios visto que lo pedimos antes que otra cosa. En la presencia de Dios no beneficia hacerse hipócritas o disimular, lo que se pide debe ser verdad hasta el fondo. Y puesto que debemos rezar esta oración hasta el final se deduce que hasta el final somos descubiertos y acusados de ser desobedientes a la voluntad de Dios... Por tanto el efecto de esta petición es una profunda humildad y un temor de Dios y de su juicio, por lo cual el hombre está feliz de poder solo huir del juicio de Dios y ser conservado vivo por pura gracia y misericordia. Juzgarse a sí mismo y realizar el juicio en la presencia de Dios significa conocerse a fondo y acusarse, como muestra esta petición.

En segundo lugar: La justicia es que nosotros, después de habernos juzgado y conocernos, no nos derrumbemos delante del juicio de Dios, aun sintiendo que lo tenemos merecido, como muestra esta petición, sino que encontramos refugio en la gracia de Dios y confiamos firmemente en Él que nos querrá redimir de nuestra desobediencia por la que no cumplimos su voluntad. Ante Dios es justo

49 Sobre los diversos modos de entender esta petición en la teología agustiniana, cf. S. SIERRA, «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»: *Revista Agustiniiana* 175-176 (2017) 117-138.

quien confiesa humildemente su desobediencia y su pecado, y el merecido veredicto, y suplica gracia y no duda que le será concedida. Así el Apóstol enseña (Rm 1,17; Gal 3,11) que un hombre justo solo puede subsistir por la fe en Dios, puesto que su consolación y su confianza no son sus obras, sino solo la misericordia de Dios. Observa ahora con qué fuerza esta petición golpea esta fugaz, mísera vida, afirmando que ésta no es otra cosa que desobediencia contra la voluntad divina y por tanto un estado de eterna condena, conservada solo porque conocemos y deploramos todo esto y oramos desde lo profundo del corazón. Quien, por tanto, considerase bien esta oración y las demás, encontraría verdaderamente poco placer en esta vida: pero quien se complace muestra bien a las claras que no ha comprendido el Padre nuestro y los riesgos de su vida⁵⁰.

¿Qué significa «que se cumpla la voluntad de Dios y que no se cumpla»?

Hacer «que se cumpla la voluntad de Dios» significa, sin duda, cumplir sus mandamientos, puesto que Él nos ha manifestado su voluntad por medio de sus mandamientos. Se trata pues de saber qué son los mandamientos de Dios y de cumplirlos⁵¹. Es un largo discurso.

Expresado de modo conciso es matar al viejo Adán en nosotros, como el santo apóstol nos muestra en muchos pasajes. El viejo Adán es cuanto encontramos en nosotros mismos: malvada inclinación a la ira, odio, impureza, avaricia, vanagloria, orgullo y cosas semejantes; puesto que estas pérfidas tendencias las hemos heredado de Adán y son congénitas desde el seno materno. De ellas derivan las obras malas de todo género: matar, cometer adulterio, robar y símiles trasgresiones del mandamiento de Dios. Y así por desobediencia, no se cumple la voluntad de Dios.

El viejo Adán viene matado de dos modos, por lo que es cumplida la voluntad de Dios.

Sobre todo por medio de nosotros mismos: cuando sofocamos nuestra malvada inclinación y nos oponemos a la misma con ayunos, vigiliias, oraciones, con fatigas para reprimir la impureza, con limosnas, con servicios realizados con afecto a nuestros enemigos para romper el odio y la mala voluntad y dicho brevemente, cuando en todo rompemos nuestra propia voluntad. Si alguien no tiene maestro ni doctor, aprenda y ejercite esta doctrina, es decir, se pruebe a sí mismo y si tiene una inclinación, intente no seguirla, y haga mientras tanto aquello que

50 V. VINAY, *Il Padre nostro*, 35-37.

51 Para Agustín significa esta petición que «aceptamos el precepto de Dios; nos agrada y agrada a nuestra mente. Nos complacemos en la ley de Dios según el hombre interior» (*Sermón 58*, 4).

le desagrada; pero actúe siempre contra la propia voluntad. Puesto que debe tener por cierto que su voluntad nunca es buena, si bien puede parecer bella; a no ser que esté obligado y empujado a realizar aquello que preferiría aplazar, porque, como se ha dicho, si hubiera en nosotros una voluntad buena, no tendríamos necesidad de esta petición.

El hombre debe ejercitarse en reconocer una voluntad superior y contraria a la suya, y en estar siempre incierto si encuentra en sí una sola voluntad antes que dos voluntades entre ellas opuestas. Se debe habituar así a seguir la voluntad superior contra la suya propia.

Quien tiene y sigue la propia voluntad opera ciertamente contra la voluntad de Dios. Ahora bien, nada es tanpreciado al hombre y tan difícil como dejar su propia voluntad. Muchos cumplen obras grandes y buenas, siguiendo totalmente su voluntad y sus inclinaciones, y piensan que están en el buen camino y que no hacen nada malo, puesto que retienen su voluntad por buena y justa. Tampoco tienen temor de Dios.

En segundo lugar, el viejo Adán viene matado por medio de otros hombres que están contra nosotros, nos combaten, nos turban y contrastan toda nuestra voluntad, incluso en las obras buenas y espirituales y no solo en los bienes temporales, y sospechan y creen locura nuestras oraciones, nuestros ayunos, nuestras buenas obras y, por decirlo brevemente, no nos dejan nunca en paz. Oh, tal contrariedad es inestimable, preciosa. Estos opositores se deben conquistar con todo bien, para que hagan eficaz esta petición en nosotros; por medio de ellos Dios rompe nuestra voluntad, a fin de que se cumpla la suya. Por eso Cristo dice: «Concuerda con tu adversario mientras estás en el camino» (Mt 5,25), entendiendo que debemos renunciar a nuestra voluntad y dar razón a la voluntad del adversario. Así es como viene rota nuestra voluntad; pero en el romperse nuestra voluntad se cumple la voluntad de Dios, porque se complace de que nuestra voluntad sea obstaculizada y aniquilada⁵². Por eso si alguno sospecha y te considera loco, no debes oponerte a él, sino que debes decir que sí y considerar justa la ofensa, como verdaderamente lo es delante de Dios. Si te quiere robar algo o dañar, deja que lo haga como si fuera justo; porque sin duda es justo delante de Dios, y si incluso cometiese un error, para ti no lo sería. Todo es de Dios y te lo puede quitar por medio de un hombre malvado o de uno bueno. Por tanto tú no le debes oponer tu voluntad, sino que debes decir: *hágase tu voluntad*. Igualmente en todas las demás cuestiones temporales y espirituales: «A quien te quiera quitar la túnica, déjale también el manto», dice Cristo (Mt 5,40).

52 V. VINAY, *Il Padre nostro*, 38.

Pero tú dices: «Si esto significa hacer cumplir la voluntad de Dios, quién puede salvarse? ¿Quién puede observar el alto mandamiento de renunciar a toda cosa, sin tener la propia voluntad en nada?» Yo respondo: Aprende qué importante y necesario es que esta petición sea recitada con seriedad y con el corazón, y qué importante es que nuestra voluntad sea matada y que se cumpla solo la voluntad de Dios. Y así te debes confesar pecador, incapaz de cumplir tal voluntad de Dios, y debes pedir ayuda y gracia, a fin de que Dios te perdone lo que te propongas hacer y te ayude, dándote la capacidad de cumplirlo. Si debe ser cumplida la voluntad de Dios es necesario que sucumba la nuestra, puesto que son opuestas. Considera este hecho en Cristo nuestro Señor. Cuando oró en el huerto (Lc 22,42) a su Padre celeste para apartar el cáliz, dijo también: «Pero no la mía, sino se haga tu voluntad». Fue necesario que la voluntad de Cristo, sin duda siempre buena, es más, la mejor, muriese, a fin de que se cumpliera la voluntad divina. Entonces ¿qué deseamos, nosotros gusanos, hacer ostentación de nuestra voluntad, jamás exenta de malicia y que merece siempre ser obstaculizada?⁵³.

Para comprender todo lo expuesto, recuerda que nuestra voluntad es malvada de dos formas. En primer lugar abiertamente, sin fingimiento alguno, es decir cuando somos llevados espontáneamente a hacer lo que por todos es considerado mal, como airarse, mentir, engañar, dañar al prójimo, ser impuros y cosas similares. Esta voluntad e inclinación se manifiesta en cada uno, especialmente cuando es provocado, y contra ella es necesaria orar que se haga la voluntad de Dios, que quiere paz, verdad, pureza, mansedumbre.

En segundo lugar a escondidas y bajo apariencia de bien, como en Lucas (Lc 9, 54 ss.), se expresaron san Juan y Cristo: «Señor, si quieres, pedimos que baje fuego del cielo y los consuma». Y respondió: «¿No sabéis de qué espíritu sois hijos?». El Hijo del hombre no ha venido para perder las almas, sino para salvarlas.

Este carácter tienen todos aquellos que cuando ven que contra ellos mismos o contra otros ha sido cometida una injusticia o una acción incorrecta, se oponen con la cabeza bajada y lo que piensan debe ocurrir. Y comienzan a lamentarse: «Ah, mi intención era tan buena. Yo quería socorrer a toda una ciudad, pero el diablo no quiere saber nada». Y creen deber y justicia airarse y asombrarse, inquietarse e inquietar a otros y hacer mucho ruido, porque viene obstaculizada su buena voluntad. Pero si examinaran un poco las cosas a la luz del sol, descubrirían que es solo apariencia y que en su buena voluntad solo han buscado su propio beneficio y honor, o al menos su propia voluntad y el propio parecer. Puesto que no es posible que una buena voluntad, si es verdaderamente buena, se vuelva

53 Id., 38-39.

irascible e inquieta cuando encuentra oposición. Y observa bien: es signo cierto que la voluntad es mala, si no puede tolerar oposición. La apariencia es de hecho el fruto por el que debes reconocer la aparente, falsa, pérfida buena voluntad⁵⁴. Puesto que cuando una voluntad profundamente buena viene obstaculizada dice: «Oh, Dios, yo pensaba que estuviese bien así; pero si no lo es, estoy contento, hágase tu voluntad». Pero donde no hay paz, ni paciencia, no hay nada de bueno, por mucho que se quiera o se pueda hacer aparecer.

Al lado a estas dos especies de mala voluntad, hay también una verdadera buena voluntad que tampoco debe llegar a cumplimiento. Así era la voluntad de David (2 Sam 7,2 ss.), que deseaba edificar un templo a Dios, y Dios lo alabó por este propósito, si bien no quería que se cumpliera. De igual forma la voluntad de Cristo en el huerto (Lc 22,42) cuando quería rechazar el cáliz, y, no obstante la buena voluntad, debió ceder.

Si por tanto deseases convertir todo el mundo, resucitar los muertos, hacer ascender a ti mismo y a todo hombre al cielo y obrar todos los milagros, no deberías querer nada de todo esto sin haber antepuesto la voluntad de Dios a todo lo demás y haber sometido y reducido a nada tu voluntad, diciendo «Mi buen Dios, me parece que esta y esta otra cosa sea buena; si te agrada, suceda; si no, déjala».

Y Dios rompe frecuentemente esta buena voluntad incluso en sus santos a fin de que con la apariencia buena no penetre la falsa, pérfida, mala buena voluntad y con el fin de aprender que nuestra voluntad por buena que sea es infinitamente inferior a la voluntad de Dios. Por eso una pequeña buena voluntad justamente debe ceder, estar sometida, ser aniquilada frente a la infinitamente buena voluntad de Dios.

En tercer lugar nuestra buena voluntad debe encontrar oposición, a fin de que sea mejor; porque ciertamente Dios se opone a una voluntad buena, solo para hacerla mejor. Y ésta se vuelve mejor, cuando se somete y se conforma a la voluntad divina (que la obstaculizaba), a fin de que el hombre se calme totalmente, se vuelva libre, sin voluntad⁵⁵ y no sepa otra cosa sino esperar la voluntad de Dios. Esta es verdadera obediencia, en nuestro tiempo desgraciadamente poco conocida.

Por esto ahora los inútiles charlatanes, que han llenado toda la cristiandad con sus discursos y con ellos han pervertido a la gente humilde, van vociferando desde el púlpito cómo se debe tener y cumplir una buena voluntad, una buena intención, un buen propósito, y cuando realizan dicha voluntad se sienten seguros

54 Id., 40.

55 Id., 41.

del hecho y de la bondad de todo lo que hacen. Con tal doctrina solo crean hombres voluntariosos, testarudos, espíritus independientes y seguros de sí, siempre en conflicto con la voluntad de Dios, mientras no rompen y no someten su propia voluntad. Sostienen que su opinión es buena y debe sostenerse, mientras todo lo que se opone a ella proviene del diablo y no de Dios. De esta forma crecen y salen a la luz lobos bajo piel de oveja (Mt 7,15), los santos orgullosos, los hombres más nocivos de la tierra. Se deriva que un obispo esté contra otro, una Iglesia contra otra, sacerdotes, monjes, monjas se contradicen, litigan, sostienen conflicto entre ellos, en ningún lugar hay paz, y sin embargo cada partido cree tener buena voluntad, buena intención, divinos propósitos. Y así a gloria y honor de Dios no se hacen más que obras diabólicas.

Se debería enseñarles para bien que si tuvieran una voluntad que teme a Dios, no confiarían nada en su propia voluntad e intención, sino más bien mandarían lejos la maldita presunción de tener o poder cumplir una buena voluntad o intención. Puesto que se debe rechazar que algo pueda tener o actuar una buena voluntad, una buena intención, un buen propósito. Como hemos dicho anteriormente, hay buena voluntad allí donde no hay voluntad alguna, puesto que donde no hay voluntad, solo existe la voluntad de Dios, que es la mejor. Pero bien saben aquellos embaucadores qué es mala o buena voluntad⁵⁶ y se vanaglorian de ello libremente enseñándonos a decir con los labios: *hágase tu voluntad*, pero con el corazón *mi voluntad*, de forma que se mofan de Dios y de nosotros mismos.

Se dice: «*Eh, Dios nos ha dado una voluntad libre*». Respuesta: Sí, ciertamente nos ha dado una voluntad libre. Pero entonces ¿por qué la cambias por tu propia voluntad y no la dejas ser libre? Si tú haces lo que quieres, ya no es libre, sino la tuya propia. Pero Dios no te ha dado ni a ti ni a otros una voluntad propia, puesto que ésta viene del diablo y de Adán. Éstos han hecho propia la libre voluntad recibida de Dios. Una voluntad es libre cuando no quiere nada de propio, sino que mira solo a la voluntad de Dios, por medio de la cual también permanece libre, no vinculada ni apegada a nada.

Conclusión de esta petición

Observa que en esta petición Dios nos manda orar contra nosotros mismos, mientras nos enseña que no tenemos enemigo mayor que nosotros mismos. Pues-

56 Id., 42.

to que nuestra voluntad es lo más grande en nosotros y debemos orar contra ella: «Oh, Padre, no me dejes caer en la tentación de querer que las cosas sucedan según mi voluntad. Rompe mi voluntad, prohíbe mi voluntad; para mí todo suceda como quiera, pero no según mi voluntad, sino la tuya. Como en el cielo no hay voluntad propia, tampoco exista en la tierra». Esta petición o su cumplimiento hace mal a nuestra naturaleza; puesto que la voluntad propia es en nosotros el mal más profundo y más grande, y sin embargo nada hay más querido que nuestra propia voluntad.

En esta petición solo se busca cruz, tormento, contrariedad y todo sufrimiento que sirva a destruir nuestra voluntad. Por eso si los hombres obstinados considerasen bien cómo rezan contra toda su voluntad, serían enemigos de esta oración o por lo menos tendrían miedo⁵⁷.

Ahora pongamos las tres primeras peticiones en recíproca relación. La primera es que el nombre de Dios sea honrado y que en nosotros estén el honor y la fe de su nombre. Pero nadie puede conseguirlo si no es justo y no vive en el reino de Dios, porque los muertos y los pecadores no pueden alabar a Dios, como dice David en el salmo (Sal 6,6). Pero nadie puede ser justo si no se ha librado de los pecados. Se está libre de pecados cuando nuestra voluntad está exiliada de nosotros y en nosotros solo existe la voluntad de Dios. Puesto que la voluntad que está como cabeza de todos los miembros, no es nuestra y no es malvada, también los miembros no son ya nuestros ni malvados. Esta petición aferra la maldad por la cabeza, es decir no por la mano o por el pie, sino por nuestra voluntad, que es la cabeza de la maldad, el verdadero delincuente.

7. La cuarta petición: Danos hoy nuestro pan cotidiano

Hasta ahora habíamos usado la palabra «Tu, tu». Ahora diremos «nuestro, nuestro, nuestro», etc. Veamos por qué.

Cuando Dios atiende nuestras tres primeras peticiones y santifica en nosotros su nombre, nos transfiere a su reino y esparce en nosotros la gracia que comienza a hacernos justos. Apenas comienza la gracia a realizar la voluntad de Dios encuentra un Adán recalcitrante, como san Pablo en Rm 7 (7,19), deplora no hacer aquello que desea. Nuestra propia voluntad, heredada de Adán, con todos los miembros se opone a las inclinaciones buenas, por lo cual la gracia grita desde

57 Id., 43.

el corazón contra este Adán y dice: *hágase tu voluntad*; ya que el hombre no se siente oprimido por sí mismo. Cuando después Dios escucha el grito desea venir en ayuda⁵⁸ con su querida gracia e incrementar su reino incipiente y se dirige con seriedad y fuerza al verdadero delincuente, al viejo Adán, lo golpea con toda desgracia, hace añicos todos sus propósitos, lo humilla y lo cubre de ignominia. Esto acontece cuando nos envía sufrimientos y contrariedades, sirviéndose de malas lenguas, de hombres malvados e infieles y, si los hombres no son suficientes, también del diablo, para que nuestra voluntad venga sofocada con todas sus malvadas inclinaciones y se cumpla en tal modo la voluntad de Dios: la gracia posea el reino y permanezca solo la alabanza y el honor de Dios.

Ahora bien, cuando esto ocurre, el hombre está angustiado y siente miedo y no piensa ni por asombro que estos hechos sean voluntad de Dios; es más, cree haber sido abandonado y dejado a merced de los demonios y de los hombres malvados, al mismo tiempo que no existe ya Dios en el cielo que lo conozca o lo quiera escuchar. Aquí se manifiesta la verdadera hambre y sed del alma que grita consolación y ayuda, puesto que esta hambre es más difícil de soportar que la física. Y aquí comienza el *nuestro*, pues deseamos lo que es necesario para la vida y decimos *danos hoy nuestro pan cotidiano*».

¿Cómo ocurre esto? En la tierra Dios nos ha dejado muchas adversidades y como consolación solo su santa palabra, como Cristo nos prometió (Jn 16,33): en el mundo tendréis angustia, pero en mí paz. Por eso, quien quiere ofrecerse, a fin de que venga a él el reino de Dios y se cumpla su voluntad, no aduzca muchos pretextos, no busque escapatorias, porque esto no puede ocurrir diversamente. La voluntad de Dios se realiza donde no se cumple tu voluntad; lo que significa que cuantas más contrariedades sufras, mejor se cumple la voluntad de Dios⁵⁹, especialmente en la muerte. Una decisión que nadie podrá modificar es que en el mundo no tenemos paz, pero Cristo es nuestra paz⁶⁰.

En estas angustias se diferencian los malvados de los buenos.

Los malvados que pronto reniegan la gracia y el iniciado reino de Dios, no comprenden la voluntad de Dios, ni saben qué utilidad puedan tener las angustias, ni cuál deba ser su conducta en tales circunstancias. Vuelven a su propia voluntad y rechazan nuevamente la gracia, como los estómagos enfermos que no pueden tolerar alimentos. Algunos se vuelven impacientes, gritan, maldicen, blasfeman y están llenos de ira. Otros corren de un sitio para otro, buscan consolaciones y con-

58 Id., 44.

59 Id., 45.

60 No lo cita Lutero, pero el texto es de Ef. 2,14-16.

sejos humanos para salir de su adversidad y vencer y sujetar a sus adversarios, y, para decirlo en pocas palabras, quieren ayudarse y salvarse por sí mismos, no pudiendo esperar a que Dios les libre de su cruz. Todos estos se hacen ellos mismos un daño incalculable, puesto que Dios les había asaltado para matar su voluntad y edificar en ellos su reino de gracia, para establecer en ellos la gloria y el honor de su nombre, para cumplir en ellos su voluntad. Pero ellos no quieren su voluntad divina, no toleran su mano saludable, se vuelven y conservan su propia voluntad, el viejo delincuente. De la misma forma que los judíos dejan libre al malhechor Barrabás y matan la gracia de Dios, al inocente Hijo de Dios que había comenzado a crecer en ellos. El salmo 78 (Sal 78,10; 106,13) dice de éstos: «Non sustinuerunt consilium Dei», «no quisieron tolerar lo que Dios pensaba hacer con ellos».

Los justos son sabios, comprenden bien para qué sirve la voluntad divina, es decir, todo género de adversidad, saben bien cómo deben ayudarse y regular su conducta. Saben que jamás ha sido cazado un enemigo por un fugitivo. Por eso el sufrimiento, o la angustia, o la muerte, no pueden ser vencidas con la impaciencia, con la fuga y buscando consolaciones, sino solo permaneciendo silenciosos⁶¹ y perseverando, es más yendo al encuentro de la adversidad y a la muerte con coraje. Porque es cierto el proverbio: «Quien teme el infierno, va derecho a él». Así quien teme la muerte, es engullido por la muerte para la eternidad. Quien teme el sufrimiento, permanecerá vencido. El miedo no produce nada bueno. Por eso en todas las circunstancias es necesario ser libres y audaces, y ser fuertes.

¿Pero, quién puede esto? Te lo enseña esta petición, en la que debes buscar consolación y esperar paz para esta inquietud. Debes decir: «Oh Padre, el pan nuestro de cada día dánosle hoy», es decir «Oh Padre, con tu palabra consuélame y fortaléceme pobre hombre sufriente. No puedo soportar tu mano y, sin embargo, si no la soporto, solo merezco la condenación. Por eso, Padre, fortaléceme, a fin de que no me hunda». Así Dios quiere que en su voluntad, es decir, en nuestro sufrimiento, solo recurramos y miremos a Él, deseando no ya ser liberados —sería un daño y un obstáculo a la voluntad divina y a nuestro bien—, sino ser fortalecidos para soportar tal voluntad. Porque ciertamente nadie puede sufrir y morir sin miedo (como Dios quiere), si no viene fortalecido. Ninguna criatura puede fortalecerse con ese cemento, es más, todas las criaturas, y especialmente el hombre, cuando buscan consolación y fuerza en ellos, se vuelven más flojos, inestables y débiles; por eso solo la palabra de Dios, es decir nuestro pan cotidiano nos debe fortalecer, como él mismo dice por boca del profeta Isaías (Is 50,4): «Dios me ha dado una lengua sabia para fortalecer a todos lo que están cansados», y Mateo

61 V. VINAY, *Il Padre nostro*, 46.

(Mt 11,28): «Venid a mí todos los que estáis angustiados y agobiados, yo os restauraré», y David en los salmos 129 (v.28): «Señor, fortaléceme con tu palabra»⁶² y 130(v. 5): «Mi alma ha esperado en tu palabra». Y toda la Escritura está llena, llena, llena de esta enseñanza.

¿Pero cuándo y por medio de quién se nos ha dirigido la palabra? Nos ha sido dirigida en dos modos.

Sobre todo por medio de un hombre, cuando por medio de un predicador en la Iglesia o de cualquier otra persona Dios hace sentir una palabra consoladora para fortalecer a alguien y hacerle sentir en el corazón (2 Tim 2,1): «Confortare et esto robustus», mantente fuerte y sé valiente. Porque la palabra de Dios produce ciertamente un cierto sonido en el corazón, cuando os penetra. Por eso se deben alejar del enfermo y del moribundo las mujerzuelas y los charlatanes afeminados que dicen: «Querida compañera y querido Juan, no está aún tan grave, se pondrá bien de nuevo, volveréis a ser felices y ricos». Con estas palabras los corazones se vuelven temerosos, suaves, inestables, mientras de la palabra de Dios está escrito (Sal 104, 15): «Panis cor hominis confirmat, el pan fortalece el corazón del hombre». Por eso yo replico: «Querida compañera, engulle tu sola vuestra papilla estropeada. Yo espero el pan cotidiano que me fortalece». Y solo así se debería fortalecer valientemente a los enfermos en vista de la muerte e incitar a los sufridores solamente a sufrir más. Y si éstos dijeran: no puedo soportarlo más, se les recuerde esta petición, para que supliquen así a Dios, tal como Él desea ser invocado.

En segundo lugar la palabra se dirige a nosotros por sí misma, cuando Dios esparce su palabra en el alma de un hombre sufriente, para hacerlo capaz de soportar todo, puesto que la palabra de Dios es omnipotente⁶³.

¿Pero cuál es entonces la palabra, ya que hay tantas palabras de Dios?

Respuesta: No la puede mostrar nadie con certeza; porque así como hay tantas enfermedades y sufrimientos, así hay también múltiples palabras de Dios. Una palabra de Dios se debe decir al temeroso y otra al obstinado: se debe asombrar a éste, fortalecer a aquél. Pero como ahora hablamos de aquellos en los que se cumple la voluntad de Dios, es decir de gente en el dolor y en la necesidad, es preciso utilizar las palabras que fortalecen, como hace san Pablo en la epístola a los Hebreos en el capítulo 12. Pero como la palabra de Dios no está en poder del hombre, aunque la pueda proclamar y hacer fecunda, sino solo en manos de Dios, por ello es necesario que le pidamos que nos conceda esa santa palabra, directamente o por medio de un hombre.

62 Id., 47.

63 Id., 48.

Bien es verdad que aquel que aún no ha sido nunca tentado en el dolor y no ha conocido por experiencia la fuerza de la palabra de Dios, cómo ésta pueda fortalecer, no sabe ni siquiera qué se desea con esta petición. Ni siquiera le puede agradar, porque conoce y ha gustado solo la consolación y la ayuda que le viene de las criaturas y de sí mismo, mientras nunca ha sufrido nada hasta el fondo o no ha quedado nunca desconsolado.

Examinamos ahora una palabra tras otra y buscamos una plena inteligencia de esta petición, porque es una petición profunda⁶⁴.

La primera palabra es «nuestro». Esta [palabra] quiere decir que no pedimos principalmente el pan común, que también los paganos comen y que Dios, sin ser invocado, da a todos los hombres, sino el pan nuestro, de nosotros hijos del Padre celeste. Por eso pedimos no como a un padre terreno, sino como a un Padre celeste, espiritual, no un pan terreno, sino un pan celeste espiritual, que es nuestro, adjudicado a nosotros hijos celestes, y necesario. De otra forma no habría sido necesario decir *nuestro pan cotidiano*, porque el pan material⁶⁵ habría estado suficientemente caracterizado por la palabra *danos hoy el pan cotidiano*. Pero Dios quiere enseñar a sus hijos a preocuparse más del alimento del alma; es más, les prohíbe preocuparse de lo que comerán o beberán materialmente.

La segunda palabra es «cotidiano». La palabrita *cotidiano* se dice en lengua griega *epiousion*, término que viene interpretado de varias formas. Algunos entienden pan sobrenatural, otros pan elegido y especial, otros, basándose en la lengua hebrea, *pan de mañana*, no lo que nosotros, alemanes, llamamos pan de la mañana y pan de la tarde, sino un pan que está listo para el día siguiente, en latín *crastinum*. Esta variedad de interpretaciones no debe confundir a nadie, puesto que todas miran solo a expresar bien la calidad y la naturaleza de este pan.

Sobre todo significa un pan sobrenatural, porque la palabra de Dios no nutre al hombre físicamente y según la naturaleza de su condición mortal, sino que lo nutre en vistas a una vida eterna, inmortal, sobrenatural y mucho mayor que la vida presente, como dice Cristo (Jn 6, 51.58): «Quien come de este pan, vivirá para siempre». Por esto esta petición significa: «Padre, danos el pan sobrenatural, inmortal, eterno».

En segundo lugar significa un pan elegido, fino, agradable, muy apreciado y de exquisito sabor. Como en Sabiduría (Sab 16 /v. 20) está escrito del pan celeste

64 También para Agustín *el pan nuestro* significa el alimento cotidiano, el pan de la Palabra y los mandamientos, el pan de la Eucaristía..., cf. D. NATAL ÁLVAREZ, «*Danos hoy nuestro pan de cada día según San Agustín*»: *Revista Agustiniiana* 175-176 (2017) 139-158. Ver textos agustinianos en pp. 148-149. Y la síntesis de los tres panes: material, espiritual y eucarístico: ID., 149-151.

65 V. VINAY, *Il Padre nostro*, 49.

que gusta cada uno según su gusto. De igual forma nuestro pan celeste es más noble y fino, más agradable y rico que toda virtud y que toda gracia, que el pan natural. «Pan elegido» se puede también entender un pan particular de nosotros hijos de Dios y que conviene y nos es dado solo a nosotros. Esto significa también *egregius, peculiaris, proprius*, tal como el apóstol señala a los Hebreos (13,10), que nosotros tenemos un altar particular, del cual nadie puede comer, solo nosotros que tenemos así un pan nuestro especial.

En tercer lugar la expresión hebrea «pan de mañana». Es una característica de la lengua hebrea llamar «de mañana» lo que nosotros alemanes decimos *cotidiano*. En alemán se llama *cotidiano* lo que todos los días se tiene a mano y está preparado, aunque no se utilice sin interrupción. Así se dice: «esto o esto otro me es necesario hoy o mañana y cotidianamente», no sé a qué hora me será necesario tenerlo a mi disposición. La lengua hebrea expresa con precisión este sentido con la palabrita *cras* o *cratinum*, *mañana*, como Jacob dice a Labán en Génesis 30 (v 33): «Cras respondebit mihi iustitia mea», es decir, «hoy o mañana, o cuando sea, mi justicia responderá por mí y dará satisfacción».

El significado es que pedimos a Dios que nos conceda el pan sobrenatural, particularmente conveniente para nosotros, cotidiano, por tanto cotidianamente, a fin de tenerlo a nuestra disposición y en abundancia cuando sobrevienen las necesidades y los sufrimientos (que cada día debemos esperar) y nos podamos fortalecer para no ser cogidos por sorpresa y por su falta no nos desanimemos, no perezamos y muramos para la eternidad.

Por esta razón nosotros, cristianos, debemos ser ricos y tener gran provisión de este pan y ser ejercitados y enseñados a tenerlo cada día a mano en todas las tentaciones, para fortalecernos y fortalecer a otros, como en las cartas y otros escritos vemos que han hecho los buenos, santos Padres. Pero la culpa es nuestra. Si no lo pedimos a Dios, no tenemos nada. Por eso debemos tener obispos, curas, monjes ignorantes que no pueden darnos nada; si después nos movemos, hacemos el mal peor y les odiamos, les echamos la culpa y los despreciamos. A esto nos lleva la ira de Dios. Se debería estudiar bien esta petición, porque con ella Dios nos enseña cómo debemos orar por los prelados espirituales, de modo particular⁶⁶ por aquellos que nos deben predicar la palabra de Dios⁶⁷. Porque a éstos no se les ha dado esta capacidad, si no son dignos y no lo pedimos a Dios.

⁶⁶ Id., 51.

⁶⁷ «A Cristo hay que predicarle con la finalidad primordial de aumentar y conservar tu fe y la mía en él. El acrecentamiento y conservación de la fe se logra cuando se me explica el motivo de la venida de Cristo y la manera en que puedo utilizar y disfrutar lo que me ha traído», cf. M. LUTERO, *La libertad del cristiano*, 18: T. EGIDO (ed.), *Lutero. Obras*, 163.

Si por tanto ves obispos, presbíteros, monjes ignorantes e ineptos, no blasfemar, no juzgar ni difamar, pero considéralos una plaga cruel de Dios, con la cual te castiga y nos castiga a todos nosotros, porque no hemos orado el Padrenuestro y no hemos pedido a Dios nuestro pan cotidiano. Si orásemos como se debe el Padrenuestro y pidiéramos nuestro pan cotidiano, ciertamente Dios nos escucharía y nos daría prelados capaces y doctos. La culpa es más nuestra que de ellos. Pero ahora se encuentran hombres, tan atormentados y endurecidos por Dios, que no solo no consideran a los presbíteros ignorantes como una plaga, sino que se divierten también despreciándolos y se mofan de esta tremenda plaga de Dios, mientras deberían llorar lágrimas de sangre, si pudieran, porque Dios nos inflige una plaga tan seria y pesada. Debes saber que Dios nunca ha castigado al mundo tan severamente como cuando lo hace con hombres de gobierno ciegos e ignorantes, que hacen retroceder la palabra de Dios y decaer nuestro pan, de tal forma que perecemos. Deja que los Turcos sean Turcos, esta plaga es mayor; ¡ay de nosotros si no la reconocemos y no la prevenimos con la oración! Por el contrario, Dios no ha estado jamás tan benigno con el mundo como cuando ha dado prelados doctos y videntes que han llegado a su palabra copiosamente por su uso cotidiano. La cristiandad y toda alma cristiana ha nacido de ella y por medio de la palabra de Dios. Por eso por ella debe ser nutrida, conservada y protegida, o deberá perecer más miserablemente que el cuerpo cuando no como su pan.

La tercera palabra es «pan». En la Escritura la santa palabra de Dios tiene muchos nombres a causa de sus innumerables virtudes y obras, puesto que es verdaderamente todo y omnipotente (Hb 1,3; 4,12). Es una espada espiritual (Ef 6,17) con la cual se combate contra el diablo⁶⁸ y contra todos los enemigos espirituales. Es una luz (Sal 119,105), una lluvia matutina, una lluvia vespertina, un roco celeste, oro, plata, fármaco, vestido, ornamento y muchas cosas semejantes (Sant 5,7). Se llama también pan (Sal 119,72), porque nutre el alma, la fortalece, la hace crecer y aumentar. Y con este término no se debe entender solo el simple pan; porque como la Escritura con el pan material indica todo género de alimentos del cuerpo, por cuanto puedan ser preciosos, así con el pan espiritual indica todos los alimentos del alma, que son innumerables. Sobre la tierra hay almas diversas y cada una no tiene siempre las mismas necesidades y la misma disposición, y, sin embargo, la palabra de Dios sacia copiosamente todas en toda particular necesidad. Si fueran acumuladas las viandas existidas y existentes de todos los reyes, no podrían mínimamente ser comparadas con la mínima palabra de Dios. Por eso Cristo el Señor la llama en el Evangelio una economía real (Mt

68 V. VINAY, *Il Padre nostro*, 52.

22,2 ss.), etc.; y el profeta Isaías, un banquete precioso, elegido y espléndido (Is 25,6).

¿Qué es el pan o la palabra de Dios?

El pan, la palabra y el alimento no es otro que Jesucristo mismo, nuestro Señor, como él mismo dice en Juan 6 (Jn 6,51): «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo para dar vida al mundo». Por eso que nadie se lleve a engaño por palabras o apariencias. Toda predicación y doctrina que no nos lleva o no nos pone delante de los ojos a Jesucristo no es el pan cotidiano y el alimento de nuestra alma. Ni siquiera puede ayudar en cualquier necesidad o tentación.

La cuarta palabra es «danos». Nadie puede tener el pan Jesucristo por sí mismo, ni con el estudio, ni escuchando o pidiendo o buscando, pues para conocer a Cristo todos los libros no bastan, todos los maestros⁶⁹ son insuficientes, toda la razón es muy obtusa. Solo el Padre nos lo puede revelar y dar, como nos dice en Juan 6 (6,44): «Nadie viene a mí, si no lo atrae el Padre que me ha mandado». De la misma manera «Nadie puede recibirme o comprender, si no le es dado por el Padre» (Jn 6,65). Y de igual manera «Todo hombre que me ha escuchado acerca del Padre viene a mí» (Jn 6,45). Por eso Él nos enseña a orar por el pan bendito diciendo: *Danos hoy*.

Cristo, nuestro pan, se nos da de dos modos.

Sobre todo exteriormente, por medio de hombres, como los sacerdotes y maestros. Y esto ocurre también de dos formas, por medio de palabras y en el sacramento del altar. Habría mucho que decir a este respecto. En síntesis es una gran gracia cuando Dios concede que Cristo sea predicado y enseñado, si bien en todas partes solo se debería predicar a Cristo, solo se debería distribuir este pan cotidiano. En el sacramento se recibe a Cristo, pero sería sin eficacia, si Cristo no nos fuese participado y aparejado como alimento en la palabra. La palabra lleva a Cristo al pueblo y lo hace consciente en sus corazones, mientras no lo podría jamás comprender por medio del sacramento. Por eso es una pésima costumbre de nuestros tiempos, recitar muchas misas y pensar solo en hacer donaciones para decir misas, mientras se descuida lo esencial, para lo cual las misas mismas han sido instituidas, es decir la predicación; como Cristo dice y prescribe (1 Co 11,25): «Cada vez que lo hacéis, hacedlo en memoria mía». Y también cuando se predica, la misa es sí de Cristo, pero la predicación es de Dietrich de Berna⁷⁰, o de

⁶⁹ Id., 53.

⁷⁰ El rey godo Teodorico el Grande (475-526) fue recordado en la leyenda germana como Dietrich de Bern (o de Verona, una de las residencias del rey Teodorico). En los poemas fantásticos (*Märchenhafte o Aventurehafte Dietrichepik*) narran sus batallas con enanos, dragones, gigantes

cualquier fábula. Así Dios nos flagela porque no pedimos nuestro pan cotidiano, por lo cual el santísimo sacramento en definitiva está celebrado no solo vano e infecundo, sino incluso con desprecio.

De hecho⁷¹ ¿de qué sirve que se tenga el uso del sacramento y que para nosotros esté preparado un pan, si luego no se nos da y no podemos gustarlo? Sería como si estuviera preparada una comida exquisita, pero no hubiera nadie para distribuir el pan, para llevar las viandas o para distribuir las bebidas. No se saciarían las personas con el olor o con la vista. Por eso se debería predicar solo a Cristo, referenciar a él todas las cosas y mostrarlo en todas las Escrituras, señalando porqué ha venido, qué nos ha traído, cómo debemos creer en Él, a fin de que el pueblo pueda comprender a Cristo por medio de la palabra y lo pueda conocer y no regrese de la misa sin provecho, sin haber conocido ni a Cristo ni a sí mismo.

En segundo lugar Cristo se nos ha dado interiormente, cuando Dios mismo nos enseña. Y esto debe verificarse también cuando se nos da exteriormente, de otro modo también el acto exterior es inútil. Cuando el acto exterior viene cumplido convenientemente, el efecto interior no falta, puesto que Dios no deja nunca su palabra sin fruto. Él está presente y enseña Él mismo interiormente, cuanto anuncia exteriormente por medio del sacerdote, como señala por medio de Isaías 55 (Is 55,10 s): «Mi palabra, salida de mi boca, no volverá a mí vacía, sino que como la tierra baña la tierra y la fecunda, así procede mi palabra y cumple todo aquello por lo que la he enviado». Así nacen los verdaderos cristianos que conocen a Cristo y se gozan sensiblemente.

Tú dices: ¿Qué significa conocer a Cristo o qué ventaja tiene eso?

Respuesta: Aprender a conocer a Cristo significa comprender lo que dice el apóstol en 1 Co (11v. 30): «Cristo nos ha sido dado por Dios, para que sea para nosotros sabiduría, justicia, santidad, redención». Tu comprendes esto, cuando sabes que toda tu sabiduría es una necedad digna de condena, tu justicia es injusticia digna de condena⁷², tu santidad es impureza digna de condena, tu redención es una miserable condenación, y te encuentras delante de Dios y de todas las criaturas como un loco, un pecador, un hombre impuro y condenado justamente; y no solo con las palabras, sino con todo el corazón y con nuestras acciones, que para ti no hay consuelo ni salvación fuera del Cristo que Dios te ha dado, al cual tú crees y del cual así también tú gozas, porque solo su justicia te sostiene, a fin

y otros seres míticos, o el legendario héroe de la literatura nórdica, Sigurd (Siegfried). También como personaje de apoyo en la famosa *Canción de los Nibelungos*.

71 V. VINAY, *Il Padre nostro*, 54.

72 ID., 55.

de que la invoques y confíes en ella. Y la fe no es otra cosa que comer este pan, como dice en Jn 6 (v. 32): «Mi padre os da el verdadero pan bajado del cielo».

Tú dices: ¿Quién no sabe que nosotros somos solo pecadores, sostenidos solo por Cristo?

Respuesta: Es una gran gracia que se sepa esto y que se pueda hablar y oír exteriormente por medio de palabras. Pero pocos lo comprenden y lo confiesan de corazón. Lo demuestra la experiencia. Porque ellos no toleran ser despreciados como locos o pecadores y encuentran pronto una sabiduría y piedad fuera de Cristo. Especialmente cuando la conciencia les advierte en este tiempo o en la muerte, no saben ya que Cristo es su justicia y buscan aquí y allá consolar y fortalecer su conciencia con las buenas obras, y se desesperan cuando eso no les beneficia, porque no puede beneficiar⁷³. Pero habría mucho que decir sobre este asunto y todas las predicaciones deberían tratar de estas cosas. Porque si Cristo es predicado así y viene distribuido el buen pan, las almas lo comprenden y se ejercitan en los sufrimientos que el querer divino les impone, para que, vueltas fuertes y llenas de fe, no teman ya su pecado, su conciencia, el diablo o la muerte. Ahora mira cuál es la naturaleza de este pan cotidiano y cómo Cristo sea verdaderamente este pan. Pero él no te beneficia, y no puedes gozar de él, si Dios no lo muda en palabras, para que lo puedas oír y conocer. De hecho ¿qué te beneficia si él está sentado en el cielo o está presente⁷⁴ bajo la forma de pan? Es necesario que sea distribuido, ofrecido y que se vuelva palabra por medio de la palabra interior y de aquella exterior. Esta es la verdadera palabra de Dios. Cristo es el pan, la palabra de Dios es el pan, es un objeto, un pan, porque él está en la palabra y la palabra está en él. Y creer a la palabra significa comer el pan y aquel a quien Dios lo da vive eternamente.

La quinta palabra es «nos». Esta [palabra] exhorta a todo hombre a alargar su corazón hacia toda la cristiandad y a orar por sí y por todo el género humano, especialmente por los sacerdotes que deben administrar la palabra de Dios. Así como en las primeras tres peticiones buscamos lo que pertenece a Dios, para que reciba en nosotros lo que es suyo, así ahora oramos por la cristiandad. Y para la cristiandad no hay nada más necesario y más beneficioso que el pan cotidiano, es decir que Dios quiera crear sacerdotes cultos que prediquen y hagan oír su palabra

73 «Estas obras tienen que hacerse solo con la finalidad de lograr la obediencia del cuerpo para purificarle de sus apetencias desordenadas y para que dirija su atención a las tendencias malas y exclusivamente a su eliminación... Pero no son estas [obras] el bien verdadero que le santifica y justifica ante Dios, sino que las ejecuta libremente, con amor desinteresado, para agradarle», cf. M. LUTERO, *La libertad del cristiano*, 21; T. EGIDO, *Lutero. Obras*, 165.

74 V. VINAY, *Il Padre nostro*, 56.

en todo el mundo. Porque cuando el estado sacerdotal y la palabra de Dios están en alto, la cristiandad verdea y florece. Es bueno que el Señor nos haya mandado pedir: «orad al Señor que mande operarios a su mies, etc.» (Mt 9,38). Por eso, según el orden del amor, debemos pedir sobre todo por la cristiandad, haciendo así más que si oramos por nosotros mismos. Como dice Crisóstomo: «Quien reza por toda la cristiandad tiene en cambio para sí la oración de la cristiandad; y así ora por sí con la cristiandad. Pero no es una buena oración cuando uno reza solo por sí». Quiera Dios que no me equivoque, si no me gustan mucho ciertas fraternidades, especialmente aquellas que piensan tanto en sí mismas, como si quisieran ir al cielo ellas solas y dejarnos a los demás atrás. Pero tú reflexiona y considera que no para nada Cristo ha enseñado a orar *Padre nuestro* y *dame hoy nuestro pan cotidiano* y no *dame hoy mi pan cotidiano*, y seguidamente *nuestras deudas, nosotros, nosotros*, etc. Él quiere⁷⁵ escuchar a la multitud, no a mí y a ti u otro fariseo apartado que va a lo suyo. Por eso si cantas con la multitud cantas bien, y si también cantas mal, tu voz, haciéndose con la de la multitud, es aceptable. Pero si cantas solo no quedarás sin juicio.

La sexta palabra es «hoy». La palabra enseña, como se ha dicho anteriormente, que la palabra de Dios no está en nuestro poder. Por eso es necesario dejar caer toda falsa confianza en la inteligencia, en la razón, en la capacidad y en la sabiduría. En tiempo de la tentación Dios mismo te debe dar ánimo y consolar y sostener con su palabra, porque aunque hubiera tanto conocimiento de la Sagrada Escritura, que un hombre pudiera, hasta que exista paz, enseñar a todo el mundo, si Dios no interviene en las tempestades para hablarle él mismo, interiormente solo, o por medio de un hombre, es rápidamente todo olvidado y la navecilla se hunde, como está escrito en el salmo 107 (v. 27): «Turbati sunt et moti sunt sicut ebrius, están asustados vacilan como borrachos», no saben a dónde van, toda su sabiduría se ha desvanecido hasta el punto de que no saben nada. Ya que nosotros aquí vivimos en medio a peligros y en todo tiempo debemos conocer dolores de todo tipo, incluso las angustias de la muerte y las penas del infierno⁷⁶, es necesario que llenos de temor oremos a Dios que no esconda por mucho tiempo su palabra, sino dejarla estar enseguida cerca de nosotros y en medio de nosotros hoy, ahora y todos los días, de darnos cada día nuestro pan, y, como dice Pablo a los Efesios (v. 16 s), de hacer que Cristo aparezca en nosotros y habite en nuestro

⁷⁵ Id., 57.

⁷⁶ En la s tesis 94 recuerda Lutero: es menester exhortar a los cristianos que traten de seguir a Cristo, su cabeza, a través de penas, muerte e infiernos; y en la 95: que confíen así en entrar en el cielo a través de muchas tribulaciones, antes que por la ilusoria seguridad de la paz, cf. M. LUTERO, *Le Resolutiones. Commento alle 95 Tesi (1518)*, 437.

hombre interior. Por eso, no mañana o pasado mañana, como si hoy quisiéramos estar seguros de nosotros mismos y sin temor, sino hoy. Y tanto mejor se enseña a decir *hoy* y no *mañana*, si la voluntad de Dios comienza a cumplirse en nosotros y nuestra voluntad es suprimida con angustia. Quisiera Él entonces dar el pan no solo hoy, sino en aquella misma hora⁷⁷.

En la Escritura la palabra *hoy* significa también toda esta vida sobre la tierra; pero ahora yo dejo de lado este sentido.

Conclusión de esta petición. El significado de esta petición es el siguiente: «Oh Padre celeste, ya que nadie tolera tu voluntad y somos muy débiles para soportar la muerte de la nuestra y del viejo Adán, te pedimos que nos nutras, fortalezcas y consueles con tu santa palabra y nos des tu gracia para sentir que el pan celeste, Jesucristo, es predicado en todo el mundo y para conocer de corazón que toda doctrina humana, nociva, herética, errónea debe cesar para que venga anunciada solo tu palabra que es verdaderamente nuestro pan viviente».

¿No rezamos también por el pan material?

Respuesta: Sí, ciertamente, con esta petición se puede entender también el pan material, pero sobre todo el pan espiritual del alma, Cristo. Por eso, Él nos enseña a no preocuparnos por el alimento del cuerpo y el vestido, sino a pensar solo en lo necesario día a día, como dice en Mateo (6,34): «Basta a cada día su afán y no os preocupéis por el mañana, puesto que el mañana traerá consigo su afán». Y quien aprendiera a pedir a Dios solo el pan cotidiano, ejercitaría bien su fe para poder luego confiar en Dios incluso en algún caso más grave. Esto no quiere decir que no se deba trabajar por un bien temporal o por el alimento, sino que no se debe afanar, como si, sin afán y sin ansia, no pudiéramos encontrar alimento. Por tanto, se debe trabajar para servir a Dios y evitar el ocio observando el mandamiento dado a Adán (Gen 3,19): «Comerás el pan con el sudor de tu frente», antes que estar ansiosos por nuestro alimento, porque Dios⁷⁸ lo sabrá proveer, si nosotros trabajamos con sencillez de corazón según su mandamiento.

8. La quinta petición: Perdona nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores

¿Quién cree que esta petición golpee y acuse a tantas personas?

⁷⁷ V. VINAY, *Il Padre nostro*, 58.

⁷⁸ Id., 59.

Sobre todo ¿qué desean los grandes santos de nuestros tiempos, que se consideran a sí mismos verdaderamente justos, especialmente cuando se han confesado, han recibido la absolución y hecho penitencia? Estos viven ahora no ya orando por sus pecados, como los verdaderos santos antiguos, de los cuales David dijo (Sal 32,6): «Pro hac orabit, etc.», todo santo pedirá para obtener gracia por su pecado, pero acumulan grandes méritos y con muchas obras buenas se hacen un palacio precioso en el cielo bien cerca de san Pedro. Incluso con la ayuda de Dios buscaremos de convencerles de pecado y de contarles en nuestra pobre escoria de pecadores, a fin de que aprendan con nosotros a decir esta petición, no solo antes de la confesión y de la penitencia, sino también después de la gran indulgencia por la pena y la culpa y repitan con nosotros después del perdón de toda culpa: *Señor, perdónanos nuestras deudas*. De hecho, como al lado de Dios no se puede mentir ni bromear, debe ser ciertamente una culpa seria, muy seria, la que ninguna indulgencia ha quitado ni puede borrar. Por eso la indulgencia y esta petición no concuerdan mucho. Si la indulgencia borra toda culpa calla la petición y no suplicar al lado de Dios por una culpa fingida, a fin de que riéndote de Él no te atraiga toda desgracia. Pero si la petición es verdadera⁷⁹, Dios ayude a la pobre indulgencia que deja aún culpa tan grave por la que, si un hombre no impetra la gracia, Dios justamente lo condena. Pero no digo más, porque bien conozco las sutiles glosas con las cuales se suele hacer de la Sagrada Escritura una nariz de cera.

Esta petición se puede entender de dos modos diversos. Sobre todo que Dios nos perdona la culpa secretamente si bien nosotros no lo sabemos, como también imputa y retiene a muchos una culpa que ellos no sienten o no valoran.

En segundo lugar nos perdona en modo manifiesto, lo sentimos, e imputa a algunos la culpa de forma sensible, es decir con castigo y asombro de la conciencia. El primer perdón es siempre necesario, el otro es necesario a veces, a fin de no desanimarnos.

¿Qué significado tiene este modo de proceder?

Yo digo que Dios es propicio a muchos y perdona de corazón toda culpa, pero no dice nada y actúa exteriormente e interiormente, en modo tal que les hace creer que tienen un Dios sin misericordia, que les quiera condenar en el tiempo y por la eternidad, que exteriormente les tormenta e interiormente les aterra. Uno de estos era David que decía en el salmo 6 (v. 1): «Domine, ne in furore tuo arguas me, etc. Señor, no me castigues en tu ira». Igualmente Dios considera a algunos la culpa secretamente y es su enemigo, pero no dice nada y actúa en modo que estos

79 Id., 60.

creen ser sus hijos amados. Exteriormente prosperan, interiormente son felices y convencidos del cielo. Vienen descritos en el salmo 10 (v. 6): «Non movebor a generatione, etc.». Sé que nunca estaré emocionado, ni mal alguno me alcanzará. Igualmente Dios hace a veces conocer alguna consolación a la conciencia, a fin de que pruebe una confianza alegre en su gracia y el hombre sea fortalecido y espere en Dios, incluso cuando tiene la conciencia angustiada⁸⁰. En otras ocasiones, al contrario, asusta y aflige la conciencia, para que el hombre en la alegría no olvide el temor de Dios.

Nosotros encontramos el primer perdón amargo y duro, pero es el más precioso y el más querido. El otro es más fácil, pero vale menos. Cristo el Señor muestra uno y otro en María Magdalena: el primero mientras le vuelve la espalda, pero le dice a Simón que le son perdonados sus muchos pecados, pero ella no encuentra aún paz; el otro cuando se vuelve hacia ella y le dice «tus pecados te son perdonados, vete en paz» y ella quedó satisfecha. Por tanto, el primero purifica, el segundo da la paz. El primero opera y conduce, el segundo reposa y recibe. Y entre los dos existe una inmensa diferencia. El primero está solo en el acto de fe y merece mucho, el otro está en el sentimiento y recibe el premio; aquel viene usado con las personas espiritualmente muy elevadas; éste con los débiles y principiantes.

Examinemos ahora el más potente breve de indulgencia que jamás haya existido en la tierra y además no vendido por dinero, sino dado a cualquiera gratuitamente. Otros doctos nos colocan la expiación en la bolsa y en la caja de las ofrendas, pero Cristo la pone en el corazón, de forma que no podría estar más cerca y no tienes necesidad de correr a Roma, o a Jerusalén, o a Santiago, ni a otro lugar para la indulgencia, que puede obtener tanto el pobre como el rico, el enfermo como el sano, el laico como el sacerdote, el siervo como el señor. Y el breve de indulgencia suena así en alemán (Mt. 6,14-15): «Si vosotros perdonáis a vuestros deudores, también mi Padre os perdonará. Pero si no perdonáis, tampoco mi Padre os perdonará». Esta carta sellada por las heridas del mismo Cristo y convalidada por su muerte, está casi descolorida y sustituida por la avalancha de indulgencias romanas.

Ahora pues, nadie puede encontrar una excusa de que sus pecados no son perdonados o que tiene una mala conciencia. De hecho Cristo no dice: «Por tus pecados debes ayunar, debes orar y dar tanto, debes hacer esto o esto otro»⁸¹, sino «Si quieres expiar tu culpa, lavar tus pecados, escucha mi consejo, es más, mi

80 Id., 61.

81 Id., 62.

mandamiento: dejar toda obra y mudar tu corazón –nadie te lo puede impedir– queriendo bien al que te ha ofendido. Perdona tú y todo será regulado». ¿Por qué no se predica también esta indulgencia? ¿La palabra, el consejo y la promesa de Cristo no valen quizás cuanto aquella de un predicador de sueños? Tal indulgencia no construiría iglesias de San Pedro (toleradas por el diablo), sino iglesias de Cristo (que el diablo no puede tolerar). De hecho madera y piedra no lo inquietan mucho, pero corazones justos y amantes de la paz le duelen grandemente. Por eso, esta indulgencia no puede ser usada en vano, mientras no se saciará de aquella por muy cara que sea. No es que yo rechace la indulgencia romana, pero deseo que a todo le sea atribuido su justo valor, y donde el oro bueno se puede tener gratuitamente, no se estime el cobre más que el oro. Guardaos de la apariencia y de la hipocresía.

Dos tipos de hombres no pueden decir esta petición y ganar su gran indulgencia.

Los primeros, muy groseros, olvidan la propia culpa y agrandan tanto la del prójimo, que sin vergüenza osan afirmar: «Yo quiero y puedo siempre perdonarles, yo puedo siempre quererles bien». Estos tienen una viga (Mt 7,3 ss), es más, muchas vigas en sus ojos y no las ven, pero no pueden olvidar la varita o la varilla en el ojo del prójimo, es decir no consideran el pecado que han cometido contra Dios mientras sienten todo el peso de la culpa de su prójimo, y desearían que Dios perdonase su gran culpa, mientras no dejan la mínima culpa de los demás sin castigo. Y si no tuvieran otro pecado u otra culpa, la viga en sus ojos sería siempre bastante grande, porque desobedecieron el mandamiento de Dios no queriendo perdonar, sino vengar ellos mismos lo que solo corresponde a Dios. Y es verdaderamente un Dios tan singular en su derecho⁸² y en su juicio, porque quien no perdona es para Él más culpable que quien haya provocado el daño y el dolor. Por eso esta petición se vuelve para él un pecado, como dice el salmo 109 (v. 7): «su oración le sea imputada como pecado delante de Dios». Así se maldecirá y volcada la petición atraerá la ira más que la gracia de Dios. De hecho ¿qué significa su palabra: «no quiero perdonar», mientras junto a Dios recita el Padre nuestro y murmura con los labios: «Perdona nuestras deudas, como perdonamos a nuestros deudores», si no: «Oh Dios, te soy deudor, como yo tengo también un deudor; pero no quiero perdonar, por tanto, no me perdones tampoco tú? no quiero obedecer, por mucho que me digas de perdonar; quiero más bien dejarte a ti, tu cielo y todo e irme al diablo para la eternidad?» ¿Oh tú, pobre hombre, tienes o puedes quizás tolerar un enemigo que te maldiga delante de los hombres, como

82 Id., 63.

tú, con tu propia oración, te maldices delante de Dios y todos los santos? ¿Y qué te ha hecho? Un daño que pasa. ¿Y por qué quieres tú, a causa de un pequeño daño pasajero, procurarte un daño eterno? Observa, oh hombre, que aquel no te aflige, sino tú mismo incapaz de perdonar, te propicias aquel verdadero daño que todo el mundo no te podría hacer.

La otra categoría de hombres tiene un espíritu más sutil. Éstos vienen ofendidos por el prójimo espiritualmente, es decir eso no les hace nada, pero hiere su corazón lleno de amor (tal como ellos sueñan) por la justicia y la sabiduría, porque estos santos delicados y finos no pueden tolerar pecado y locura. Y estos vienen llamados en la Escritura serpientes y gusanos venenosos, tan ciegos que nunca reconocen ni saben persuadirse (como sin embargo puede acontecer con los hombres más groseros de la primera categoría) de ser incapaces de perdonar al prójimo, y consideran, sin embargo, mérito y buena obra la enemistad con su prójimo. Se reconocen por su costumbre de criticar⁸³, juzgar todo lo que hace otro, sin callar hasta que pueden decir algo de su prójimo. Se llaman en alemán calumniadores, en griego diablos, en latín difamadores, en hebreo satanes, en pocas palabras son una banda maldita que sospecha, desprecia, maldice a cada uno, y todo ello con apariencia de bondad. Por desgracia, esta plaga diabólica, infernal, condenada, atormenta a la cristiandad más atrocemente que una pestilencia y envenena casi todas las lenguas; y, no obstante, no se nos protege de tal calamidad y no se la considera para nada. Si alguno comete una mala acción, no solo no encuentra en ellos algún sentimiento de misericordia que les lleve a orar por él (como si conviniese a los cristianos), a amaestrarlo con benevolencia, a reprenderlo fraternalmente; pero sí para un malhechor según el derecho divino y humano hay un solo juez, un solo tribunal, una sola acusación, en aquellas lenguas envenenadas, infernales se encuentran, sin embargo, tantos jueces, tantos tribunales, tantas acusaciones cuantas son las orejas que le escuchan, y fueran incluso mil en un día. Estos son los santos miserables que no saben perdonar ni olvidar la culpa del prójimo y por naturaleza no muestran nunca a nadie una cordial benevolencia, tanto que no solo merecen que Dios no perdone su culpa, sino que muestre su descontento no haciéndoles conocer su culpa. Luego se hacen los buenos y dicen: «No lo digo para hacerle mal, ni con mala intención, le auguro todo bien». ¡Vea qué pelo suave tiene el gatito! ¿Quién habría jamás sospechado qué garras y lenguas punzantes se escondiesen en la piel lisa? Oh hombre hipócrita y falso, si tú fueras su amigo, callarías en vez de difundir con tanto placer y tanta satisfacción el mal de tu prójimo; cambiarías más bien tu dañina desapro-

83 Id., 64.

bación en compasión y misericordia para excusarlo, para cubrirlo y hacer callar a los demás. Rezarías a Dios por él, lo exhortarías fraternalmente y lo ayudarías a recuperar, y finalmente recordarías también recibir una exhortación a pensar con temor⁸⁴ a tu propia justicia, como dice san Pablo (1 Co 10,12): «Quien está en pie, mire de no caer», y a repetir con el santo, antiguo padre: «ayer a él, hoy a mí».

Piensa también qué placer probarías, si Dios actuase contigo como tú actúas con tu prójimo, según las palabras de esta petición, y te tirase a la cara tu pecado y lo hiciese conocer a todo el mundo. O cómo tolerarías que otro proclame tu maldad. Sin duda querías que cada uno calle, te justifique, te cubra y ore por ti. Así tú actúas contra la naturaleza y su ley que dice: «Haz a tu prójimo lo que deseas que te hagan a ti» (Mt 7,12).

Y no pensar que sea perdonado el pecado más pequeño o el más grande a un murmurador, a un calumniador, a un juez insolente, o que pueda cumplir una sola obra buena, si no sabe callar y no muda su mala lengua. Porque Santiago dice (1,26): «si uno piensa ser un cristiano justo y no pone freno a su lengua, su piedad es vana». Pero si cuando tu prójimo peca, quieres hacer algo, atiende a la noble, preciosa, áurea regla de Cristo que dice (Mt 18,15): «Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndelo a solas». Pero vaya, no lo diga a nadie, solo tú y él. Como si dijese: Si no lo quieres decir solo a él, calla y entierra el asunto en tu corazón. Por esto no te reventará el pecho, como dice el Eclesiástico (19,10). Quien se empeñe en esta noble obra, ¡cómo podría expiar fácilmente sus pecados, aun sin realizar grandes cosas! Y aunque vuelva a pecar, Dios dirá: Pero él ha perdonado a su prójimo; venid, criaturas todas, y tomad también vosotras su defensa, y jamás ocurra que se le retenga su pecado. Pero ahora se busca de todas las formas posibles expiación del pecado, y no escucha nuestra oración cotidiana, es decir que el mejor modo para expiar el pecado⁸⁵, para conseguir la indulgencia es perdonar a nuestros deudores. El gran aparato de las indulgencias y el ansia por las prescripciones penitenciales nos llevan a este olvido y negligencia. Después vienen y le pintan al diablo sobre la puerta, se visten de inocentes y dicen: «Es verdad, por qué no debo decirlo, si es así? Lo he visto y lo sé ciertamente». Respuesta: Pero es también verdad que has pecado. ¿Entonces por qué no declaras también tu iniquidad, si te ha ordenado decir toda la verdad?

Si quieres callar tu pecado, sigue la ley natural y actúa igualmente respecto a tu prójimo. Aunque digas la verdad, no obras mejor que los traidores o los mercaderes de sangre que dicen también mucho la verdad respecto a cualquier pobre

84 Id., 65.

85 Id., 66.

hombre. Así también obras contra la regla de Cristo (Mt 18,15 ss.), que te prohíbe decirlo a otros, solo al interesado. Salvo que él no te quiera escuchar, en cuyo caso debes acusarle delante de toda la asamblea. Pero entonces la regla ya no está en vigor, por eso vaya como debe ir a quienes descuidan la palabra de Dios.

Así el vicio comunísimo de la calumnia y el examen de la culpa de los demás es quizás el pecado más nefasto en el mundo. De hecho los demás pecados contaminan y corrompen solo a quien los comete, pero el miserable, condenado charlatán, se debe al contrario ensuciar y corromper con el pecado de los demás. Preocúpate de que cuanto mayor es el placer que se encuentra en el pecar, tanto más grande es el pecado. Pero si el culpable frecuentemente se condena a sí mismo por el pecado cometido, se avergüenza y se regaña, no querría que alguien lo supiese, por lo cual disminuye mucho el propio pecado; el charlatán, por el contrario, se tira en el estiércol como una ramera, lo devora, se revuelca dentro, no desearía que no ocurriera, porque goza al comentar, emitir juicios y reírse de ello. Por eso, he dicho que aquel que voluntariamente murmura y calumnia⁸⁶ no es amigo de nadie, sino en general un enemigo de la naturaleza humana, como el diablo. Porque de nada goza tanto como de escuchar sobre el pecado y la vergüenza de los hombres, poder hablar y tratar para alegrarse de su mal. Pero quien goza con estas cosas, no puede ciertamente desear bien alguno al hombre, sino toda desgracia, que será finalmente después también su merecido.

Debemos por tanto aprender de nuestra exhortación que todo hombre es un pecador delante de Dios y a su vez tiene alguno que ha pecado contra él o le es deudor.

Sobre todo somos pecadores por culpas groseras y malvadas, ya que pocos son los que no caen de forma grave. Pero aunque alguno fuera tan justo que no hubiera caído aún gravemente, a pesar de eso, no observa nunca suficientemente el mandato divino, porque ha recibido gracia más que los demás y, sin embargo, no ha hecho nunca lo suficiente para repagar con gratitud el mínimo don; es más, no sabe alabar convenientemente a Dios por los vestidos que lleva, cada día, cuanto menos, por tanto, por la vida, la salud, el honor, los bienes, los amigos, la razón y otros innumerables beneficios de Dios. Por eso, si Dios tuviera que hacer cuentas con él, se encontraría en la situación del santo Job (Job 9,3): «Señor, no tengas juicio con tu siervo, porque ningún viviente será encontrado justo a tu lado». Nadie es tan justo como para no tener ya el olor, ni la corrupción del viejo Adán, de forma que Dios no lo pueda con razón condenar. Por eso solo la humildad puede mantener también a aquellos en estado de gracia, mientras la culpa no

86 Id., 67.

le venga imputada, para que reflexionen sobre su condición e imploren gracia y perdón a sus deudores⁸⁷.

En segundo lugar tenemos también deudores, porque Dios hace que alguno siempre nos inflija daño en lo importante, en la buena reputación o en cualquier otro bien, para ofrecernos la oportunidad de expiar nuestro pecado y perdonar a nuestros deudores. Y si alguno no tiene que sufrir muchas malas acciones por parte del prójimo (lo que no es buena señal), incluso siente aversión hacia algunos, de quienes desconfía y está disgustado, sí parece cierto lo que sostiene san Agustín: Todo hombre es deudor de Dios y a su vez tiene un deudor. Si no lo tiene, está ciertamente ciego o no se conoce bien a sí mismo.

Por tanto, observa qué mísera es esta nuestra vida, puesto que no tiene alimento, consolación, sostén para el alma, como nuestra petición expuesta más arriba. Y además esta es pecaminosa, por lo cual seremos justamente condenados, si esta petición no nos sostuviera con la sola gracia y misericordia de Dios. Por tanto, el Padre Nuestro nos muestra la vida toda llena de pecado y de vergüenza, para que nos sintamos cansados y disgustados. Por tanto, charlatán, júzgate a ti mismo, habla de ti. Considera quién eres, golpea el pecho, así olvidarás el pecado de tu prójimo, porque tienes las manos llenas, es más, rebosantes de tu propio pecado.

9. La sexta petición: Y no nos dejes caer en tentación o no nos pongas a prueba

Si la palabra *tentación* no hubiera entrado nunca en uso sería mejor y más claro decir: y no nos pongas a prueba.

En esta petición aprendemos qué mísera es la vida terrena, porque es solo prueba, y si alguno busca aquí abajo paz y seguridad no es sabio: no la encontrará⁸⁸ nunca. Y en vano la podemos desear. La vida es una vida de pruebas y permanecerá así. Por eso no decimos «quítame la prueba», sino «no me expongas a ella», es decir «estamos rodeados por todas partes de pruebas, y no podemos eximirnos de ellas, pero tú, oh Padre nuestro, ayúdanos, para que no caigamos, no consintamos en la tentación y no permanezcamos vencidos y oprimidos». De hecho, quien consiente a la tentación peca y se vuelve esclavo del pecado, como dice Pablo (Rm 7,23).

87 Id., 68.

88 Id., 69.

Como dice Job (7,1), la vida no es sino una lucha y una disputa continua⁸⁹ con el pecado. Y el dragón, el diablo, nos asalta continuamente y con sus fauces busca devorarnos, como dice san Pedro (1 Pe 5,8): «Oh, queridos hermanos, estad sobrios y vigilad, porque el adversario, el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quién pueda devorar». Aquí nuestro buen padre y obispo san Pedro dice que el enemigo nos busca y no solo en un lugar, sino por todas partes, es decir por medio de hombres, de todas las criaturas excita, actúa, obstaculiza todos nuestros miembros y nuestros sentidos, interiormente con malas inspiraciones, exteriormente con imágenes, palabras y obras, para empujarnos a la impureza, a la ira, al orgullo, a la avaricia y cosas similares. Se sirve de toda astucia para empujar al hombre a condescender, pero cuando se le huele se debe rápidamente elevar los ojos a Dios diciendo: «Oh Dios Padre, mira qué agitado estoy y empujado a este y a aquel vicio, y como estoy imposibilitado de cumplir esta o aquella obra buena. Padre querido, defiéndeme y ayúdame, no permitas que sucumba y caiga en la tentación». ¡Oh, cómo sería bendito quien se ejercitara en esta súplica, pues muchos no saben ser probados ni qué deben hacer en la prueba!⁹⁰

¿Qué es prueba? Hay dos clases de prueba. Una a izquierda nos lleva a la ira, al odio, a la dureza, al disgusto, a la impaciencia, cuando nos encontramos enfermos, en la pobreza, en la vergüenza y en todo aquello que hiere, especialmente cuando viene rechazada y despreciada nuestra voluntad, nuestro propósito, nuestro parecer, el consejo, la palabra y la obra. Estas cosas son frecuentes y de cada día en esta vida, y Dios nos prueba por medio de hombres malvados o el diablo. Y cuando acontece esta prueba, es necesario ser sabios y no dejarse coger del estupor, puesto que está hecha así esta vida, sino recitar la justa oración del rosario: «Oh Padre, esta es ciertamente una prueba que tengo, ayúdame para que no sea seducido y no caiga».

En esta tentación se puede perder la razón de dos modos. Sobre todo cuando se dice: «ciertamente, si fuese dejado en paz, querría ser justo y no airarme». Y algunos no dejan en paz al Señor Dios con sus santos, si Él no quita su prueba. A uno le debe curar la pierna, a otro le debe dar riqueza, a un tercero dar razón, mientras estos mismos y con la ayuda de otros podrían hacer estas cosas y salir de la situación difícil. Así permanecen pobres caballeros, indolentes y fugitivos que no quieren ser probados ni combatir; por eso no vienen coronados, es más, como

⁸⁹ También Agustín acude a este texto de Job continuamente; Cf. S. Agustín, *Sermón 57,9*; 223 E [Wilmart 5], 1; 256,1; *Io. ev. tr.* 124,5; cf. P. DE LUIS VIZCAÍNO, «*Lex orandi, lex credendi*: Aplicación del *principio* en la interpretación agustiniana de la sexta y séptima petición de la oración del Señor»: *Revista Agustiniana* 175-176 (2017) 212-217.

⁹⁰ V. VINAY, *Il Padre nostro*, 70.

escucharemos, caerán en la otra prueba a derecha. Pero si el hombre se conduce bien, no puede evitar la prueba, pero la puede vencer como buen caballero, como dice Job (Job 7,1): «La vida del hombre es una milicia o una prueba».

Los demás, que no vencen la prueba ni vienen por ella librados, están llenos de ira, de odio, se vuelven impacientes, se arrojan voluntariamente al diablo, hablan y operan como asesinos, ladrones, blasfemos, perjuros, calumniadores y provocan solo injusticias⁹¹, porque la prueba les ha vencido y obedecen a toda mala voluntad. El diablo les domina y son sus prisioneros, por lo cual no invocan ni a Dios ni a los santos. Pero como nuestra vida es llamada por Dios mismo una prueba y es necesario que seamos golpeados en la salud, en los bienes y en el honor, y que nos sea hecho mal, debemos aceptar todo esto con serenidad y sabiduría, diciendo: «La vida es así, ¿qué puedo hacer? Es una prueba y permanece una prueba. No puede ser diversamente; Dios me ayude para que yo no quede trastornado». Así pues, nadie puede ser dispensado de la prueba. Pero nos podemos defender obviando todo esto con la petición e invocando la ayuda de Dios. Si lees en el libro de los padres antiguos que queriendo un joven hermano liberarse de sus pensamientos, el viejo padre le dijo: «Hermano querido, no puedes impedir a los pájaros volar en el aire sobre tu cabeza, pero puedes impedir que hagan el nido entre tus cabellos». Por tanto, como dice san Agustín, no podemos preservarnos de las dificultades y de la prueba, pero podemos evitar permanecer abrumados orando e invocando la ayuda divina.

La otra prueba es la de la derecha, que empuja a la impureza, a la libido, al orgullo, a la avaricia y a la vanagloria y a todo lo que gusta, especialmente si se hacen concesiones a la propia voluntad, se alaba su palabra, su consejo y su obra, se honra teniéndola en alta consideración. Es la prueba más ruinosa, propia del tiempo del Anticristo, como dice David en el salmo 91,7: «*Caerán mil a tu izquierda, diez mil a tu derecha*». Ahora está en la parte superior, porque el mundo busca solo bienes, honores y voluntad; y especialmente la juventud de hoy no aprende a luchar contra las tentaciones de la carne. Va tan allá que para ella no hay vergüenza, pero todo el mundo está lleno de fábulas y cancioncillas lascivas, como si fuera algo bueno. Porque nadie invoca a Dios, Él en su ira despiadada deja caer el mundo en la prueba. Es una prueba⁹² bien dura para un joven cuando el diablo inflama su carne y sus tuétanos, los huesos y todos los miembros, y lo excita también desde el exterior con visiones, movimientos, danzas, vestidos, palabras y graciosas figuras de mujeres o de hombres, como dice Job (41,12): «Ha-

91 Id., 71.

92 Id., 72.

litus eius prunas ardere facit, su respiro hace ardientes los carbones». Y el mundo hoy ha perdido completamente el bien del intelecto por la excitación de los vestidos y de las alegrías. Y, sin embargo, no es imposible vencer tales tentaciones, si se nos habitúa a invocar a Dios y a dirigirle esta oración: «Padre, no nos dejes caer en la prueba». Igual conducta se debe tener en la prueba de la vanagloria, cuando nos sentimos alabados y honrados, y si goza de grandes bienes o de otros placeres mundanos, etc.

Pero ¿por qué Dios deja que el hombre sea probado en tal modo y empujado al pecado? Respuesta: Para que el hombre aprenda a conocerse a sí mismo y a Dios: cuanto a sí mismo aprenda que no puede pecar y hacer mal; cuanto a Dios, que la gracia de Dios es más fuerte que todas las creaturas; y sepa así despreciarse y celebrar la gracia de Dios. De hecho ha habido hombres que han querido resistir a la incontinencia con sus fuerzas, con ayunos y fatigas y han destrozado por eso su salud sin obtener nada, porque nadie puede apagar la libido si no es con el rocío y la lluvia de la gracia divina. Ayuno y trabajo son necesarios, pero no son suficientes.

Conclusión de esta petición. Por tanto cuando Dios nos ha perdonado la culpa, es necesario mirar sobre todo no caer de nuevo, porque después, como dice David (Sal 104,25), en el gran mar de este mundo hay muchos reptiles, es decir, muchas pruebas y motivos de caída, para hacernos nuevamente pecar, por lo que es necesario que continuamente digamos en el corazón: «Padre, no nos dejes caer⁹³ en la prueba. No pido ser librado de toda prueba (porque eso sería terrible y peor que diez pruebas, como la prueba de la derecha), sino de no caer y de no pecar contra mi prójimo o contra ti». Así dice Santiago (1,2): «Oh hermanos, considerad motivo de gran alegría las muchas pruebas que os golpean». ¿Por qué? Porque ejercitan al hombre y lo hacen perfecto en la humildad y en la paciencia y grato a Dios como un hijo querido. Benditos aquellos que toman estas cosas en serio, pues hoy desgraciadamente cada uno busca tranquilidad, paz, placer, seguridad en su vida. Por eso se acerca el gobierno del Anticristo, si es que no está ya aquí.

10. La séptima y última petición: Líbranos del mal. Amén.

Téngase en cuenta que el mal solo se aleja al final y se debe alejar con la petición, es decir inquietud, carestía, guerra, pestilencia, flagelos, y también el

93 Id., 73.

infierno y el purgatorio y todos los dolorosos males del cuerpo y del alma. De hecho se debe orar por estas cosas, pero en el orden justo y al final.

¿Por qué? Hay algunos, es más, muchos, que honran y oran a Dios y a los santos, pero solo para ser liberados del mal y no buscan nada más, no piensan siquiera en las primeras peticiones por dar la precedencia al honor, al nombre y a la voluntad de Dios. Estos buscan su voluntad y dan la vuelta a esta oración, comienzan con las últimas peticiones y no llegan nunca a las primeras; quieren ser liberados del mal, resulte eso a honra de Dios o no, sea o no sea su voluntad. Pero una persona honesta habla así: «Padre querido, el mal y la pena me oprimen⁹⁴, y sufro por muchos lamentos y dificultades, y tengo miedo del infierno. Líbrame de estas dolencias, pero solo si esto favorece tu honor y alabanza y es tu divina voluntad; de otra forma, no se haga la mía, sino tu voluntad, porque prefiero tu divino honor y tu voluntad a mi paz y seguridad temporal y eterna». Esta es una petición aceptable a Dios y buena y será ciertamente escuchada en el cielo; pero si la petición es hecha con otros sentimientos, no será acogida ni escuchada.

Puesto que esta vida solo es un mal nefasto, del cual fluyen ciertamente las pruebas, debemos desear ser librados del mal, para que cesen las pruebas y los pecados y así sea hecha la voluntad de Dios y venga su reino en alabanza y honor de su santo nombre.

La palabra «Amén». La palabra *Amén* pertenece a la lengua hebrea o judaica y significa *Por cierto* o en *verdad* y es necesario reflexionar bien que expresa la fe que debemos tener en todas estas peticiones. De hecho Cristo ha dicho: «Si cuando oráis creéis firmemente obtener lo que pedís, seréis ciertamente escuchados» (Mt 21,22). De igual modo en otro lugar: «Todo lo que pidáis con fe, lo recibiréis» (Mc 11,24). De hecho la mujer pagana obtuvo lo que pidió, porque no desistió de la oración y creyó firmemente, tanto que el Señor la dijo: «Oh mujer, grande es tu fe: hágase como quieres y como has pedido» (Mt 15,28). Así dice también Santiago en el cap. 1 (v. 6): «Quien hace una petición a Dios, no debe dudar de la escucha⁹⁵. Porque quien en la fe es dubitativo, no piense recibir algo de Dios». Por eso, como dice el Sabio (Ecl 7,9), el final de la oración es mejor que el principio. De hecho si al final dices *Amén* con confiada esperanza del corazón, ciertamente la petición será confirmada y escuchada; pero si falta esta conclusión, no te aprovechará ni el principio ni el centro de la súplica. Por tanto, quien desea orar debe probar a examinarse a sí mismo, si cree o duda ser escuchado. Si se encuentra dudoso o se perfila sobre inciertas ilusiones o si tienta la aventura, la ora-

94 Id., 74.

95 Id., 75.

ción es vana, porque no sabe tener firme su corazón, agitado aquí y allá. Por eso Dios no puede dar nada cierto, como tú no puedes dar algo a una persona que no sabe tener la mano firme. Y piensa un poco qué placer sentirías, si alguno después de haberte pedido con insistencia, al final te dijera: «Pero yo no creo que tú me lo concedas», aunque tú se lo hubieras firmemente prometido. Tendrías la petición como mofa, retirarías cuanto habías prometido y quizás también lo castigarías. Dios nos promete firmemente que si le suplicamos seremos escuchados y ¿cómo puede Él sentir placer si nosotros con nuestra duda lo hacemos mentiroso y en la oración actuamos contra la oración, ofendemos su verdad que incluso invocamos? Por eso la palabra *Amén* significa verdaderamente, en verdad, ciertamente, y es una palabra de la fe firme del corazón, como si tu dijese: «Oh Dios Padre, no dudo que cuanto he pedido sea ciertamente verdadero y que sucederá no ya porque yo lo haya suplicado, sino porque tú has mandado orar y has hecho firmes promesas. Así yo estoy seguro que tú, oh Dios, eres veraz, no puedes mentir, por lo que creo firmemente no por la dignidad de mi oración, sino por la certeza de tu verdad, y no tengo la menor duda que la conclusión será un Amen».

Al respecto yerran grandemente algunos que anulan su oración y rezan mucho con la boca, jamás con el corazón, porque no creen que serán escuchados⁹⁶, si no saben o no se imaginan haber suplicado dignamente y bien, fundándose de tal modo en sí mismos, sobre arena. Todos estos serán condenados, porque no es posible que una petición tal sea suficiente por sí misma y digna delante de Dios de ser escuchada, pero es necesario confiar en la verdadera promesa de Dios. De hecho si Dios no hubiese mandado orar y no hubiese prometido la escucha, todas las criaturas con todas sus oraciones no podrían obtener la mínima escucha. Por tanto, la oración no es buena y justa porque es grande, recogida, dulce, larga, porque pide bienes temporales o eternos, sino porque está sólidamente fundada sobre la confianza de la escucha (por cuanto en sí misma sea mínima o indigna), por las veraces, solemnes promesas de Dios. La palabra, la promesa de Dios, no tu recogimiento espiritual, hace buena tu oración, porque la misma fe, fundada sobre sus palabras, es el verdadero recogimiento espiritual, sin el cual cualquier otro es engaño y error.

96 Id., 76.

11. Breve sumario y elenco de los argumentos tratados

El alma: Oh Padre nuestro que estás en los cielos, nosotros tus hijos en la tierra estamos separados de ti, en la miseria; una gran distancia nos separa de ti. ¿Cuándo iremos a ti, a nuestra patria?

Dios (Mal 1,6): Un hijo honra a su padre y un siervo a su Señor. Si soy vuestro Padre, ¿dónde está el honor que me es debido? Si soy vuestro Señor, ¿dónde está el temor y la veneración que me debéis? Porque mi santo nombre es continuamente blasfemado y deshonrado Isaías (Is 52,5)⁹⁷.

La primera petición. El alma: Oh Padre, eso es desgraciadamente verdad, nosotros reconocemos nuestra culpa. Sé un padre misericordioso y no litigues con nosotros, sino danos gracia para que vivamos y tu santo nombre sea santificado en nosotros. No permitas que pensemos, hablemos, obremos o hagamos propósitos si no es para tu alabanza y honor, para que en todas nuestras acciones busquemos tu honor y tu nombre, no nuestra vanagloria y nuestro nombre. Haz que te amemos, temamos y honoremos como hijos a su padre.

Dios (Isaías 52,5 y Génesis 8,21): ¿Cómo pueden ser santificados por vosotros mi honor y mi nombre, si todos vuestros pensamientos tienden al mal y vuestro corazón es prisionero del pecado, mientras nadie puede celebrar mis alabanzas en tierra extranjera? (Sal 137,4).

La segunda petición. El alma: Oh Padre, es verdad, sentimos que nuestros miembros se inclinan al mal y que el mundo, la carne y el diablo nos quieren gobernar, alejando tu honor y tu nombre, por eso te pedimos nos salves de esta miseria haciendo venir tu reino, para que el pecado sea cazado y nos volvamos justos, agradables a ti, tú solo gobiernas en nosotros y podemos volvernos tu reino en la obediencia de todas nuestras fuerzas, interior y exteriormente.

Dios (Deuteronomio 32,39): Pierdo a quien quiero salvar, y mato, rechazo, empobrezco y reduzco a nada a quien quiero vivificar, hacer bienaventurado, rico, justo. Pero no queréis soportar este consejo mío y esta acción mía (Sal 78,10). Entonces ¿cómo os debo salvar y qué debo hacer de más? (Is 5,4)⁹⁸.

La tercera petición. El alma: Nos duele no comprender ni soportar tu mano salvadora. Oh Padre, ayúdanos con tu gracia y deja que tu voluntad divina se cumpla en nosotros. Incluso si nos hace mal, comienza a castigar, a herir, a golpear y a quemar; haz todo lo que quieras para que se cumpla solo tu voluntad y no

97 Id., 77.

98 Id., 78.

la nuestra. Buen Padre, no permitas que propongamos y cumplamos algo según nuestro parecer, nuestra voluntad y nuestro pensamiento. Porque nuestra voluntad y la vuestra son opuestas entre ellas: solo la tuya es buena, si bien no tenga la apariencia; la nuestra es mala aunque parezca espléndida.

Dios (salmo 78 v. 9): «Frecuentemente sucede que me han amado con los labios mientras su corazón estaba lejos de mí» (Is 29,13); y cuando los he cogido para hacerlos mejores, se han retirado y se me han escapado mientras cumplía la obra, como lees en el salmo 78 (v.9): «*Conversi sunt in die belli*». Aquellos que me habían empujado a actuar, se han alejado de mí y han recaído en el pecado deshonorándome.

La cuarta petición. El alma: Ah, Padre, es verdad que nadie puede ser suficientemente fuerte solo con sus fuerzas (1 Sam 2,9). ¿Y quién puede sostenerse ante tu mano, si tú mismo no lo fortaleces y lo consuelas? Por eso, Padre querido, tómanos, cumple tu voluntad para que nos volvamos tu reino a tu alabanza y honor. Pero tú, oh Padre querido, fortalécenos en esta acción con tu santa palabra; danos nuestro pan cotidiano. Forma en nuestro corazón a tu hijo Jesucristo, el verdadero pan celeste, para que, fortalecidos por él, soportemos con alegría que nuestra voluntad sea partida y matada y que se cumpla tu voluntad. Manda tu gracia a toda la cristiandad, envía sacerdotes y predicadores cultos que no nos enseñen cáscaras y paja de fábulas sin sentido, sino tu Santo Evangelio y Jesucristo⁹⁹.

Dios: Jeremías 5 *et saepius alias* (y otros más) (Mt 7,6; 15,26; Is 42,20): No está bien echar lo que es santo y el pan de los hijos a los perros. Vosotros pecáis todos los días, y aunque hago que os prediquen día y noche, no obedecéis y no escucháis, y mi palabra viene despreciada.

La quinta petición: El alma: Ah, Padre, ten piedad de nosotros y no nos niegues el buen pan, porque nos entristece no obedecer suficientemente a tu santa palabra y te pedimos que tengas paciencia con nosotros pobres hijos, y que perdones nuestras deudas, y que no pongas juicio con nosotros, porque nadie está

99 Id., 79. En una de sus famosas tesis, la 62, Lutero afirma que «el tesoro verdadero de la Iglesia consiste en el sacrosanto evangelio de la gloria y de la gracia de Dios». Y citando a Rm 1,3-4, comentará que el Evangelio es el anuncio del Hijo de Dios encarnado, dado sin mérito para nuestra salvación y paz. Es la palabra de la salvación, la palabra de la gracia, la palabra de la consolación, la palabra de la alegría, la voz del esposo y de la esposa (Cant. 1,8.14; 5,2), la palabra buena, la palabra de la paz (Is 40,9; 52,7), cf. M. LUTERO, *Le resolutiones. Commento alle 95 Tesi (1518)*, versión de A. Alimonta y P. Ricca, [Collana "M. Lutero - Opere Scelte" 14], Turín 2013, 89. Y en 1520 dirá en otra de sus obras emblemáticas, *La libertad del cristiano*: «Lo único que en el cielo y en la tierra da vida al alma, por lo que es justa, libre y cristiana, es el santo evangelio, palabra de Dios predicada por Cristo. El alma puede prescindir de todo menos de la palabra de Dios, lo único capaz de ayudarla», cf. M. LUTERO, *La libertad del cristiano*, 5: T. EGIDO, *Lutero. Obras*, 158.

justificado a tu lado. Considera tu promesa: nosotros perdonamos de corazón a nuestros deudores, porque tú has prometido perdón. No es que por este perdón seamos dignos de tu perdón, sino que tú eres veraz y por tu gracia has prometido perdón a todos aquellos que perdonan a su prójimo. Nosotros confiamos en tu promesa.

Dios (salmo 78): Frecuentemente os perdono y os libero, y no sabéis perseverar. Sois gente de poca fe (Mt 8,26). No sabéis velar y permanecer conmigo ni siquiera un poco, recaéis pronto en la tentación. Mateo (26,40 s).

La sexta petición. El alma: Oh Padre, estamos débiles y enfermos, mientras graves y variadas son las pruebas en la carne y en el mundo. Oh Padre querido, sosténnos y no nos dejes caer en la prueba y pecar de nuevo, sino concédenos por tu gracia perseverar y combatir enérgicamente hasta el final, pues no seremos capaces sin tu gracia y tu ayuda.

Dios (salmo 11 v. 7): Yo soy justo y recto es mi juicio, por eso el pecado no puede permanecer impune y debéis soportar el mal. Las pruebas que se derivan son¹⁰⁰ la consecuencia de vuestro pecado y estoy obligado a castigarlo y combatirlo.

La séptima petición. El alma: Ya que el mal nos expone a la prueba y nos combate con los pecados, líbranos tú, Padre querido, para que, liberados según tu voluntad divina, podamos volvernos tu reino y alabarte, celebrarte y santificarte eternamente. Amén. Y como tú nos has enseñado y mandado orar de esta forma prometiéndonos la escucha, esperamos y estamos seguros, oh Padre amadísimo, que por honor a tu verdad nos concederás todo según tu gracia y tu misericordia.

Finalmente alguno podría decir: «¿Y si no puedo creer que venga escuchado?». Respuesta: - Entonces haz como el padre del endemoniado en Marcos (9,24). Cuando Cristo le dice: «¿Puedes creer? Todo es posible a quien cree», el padre grita con los ojos llenos de lágrimas: «Oh Señor, yo creo, ayuda mi incredulidad».

Soli Deo honor et gloria (Solo a Dios honor y gloria).

Conclusión

Hemos podido observar en esta obra de Lutero de 1519 al joven doctor de Biblia, cuyas fuentes principales son la Biblia (sobre todo san Pablo y los salmos)

100 V. VINAY, *Il Padre nostro*, 80.

y san Agustín, al que solo cita dos veces, aunque implícitamente tiene presente su pensamiento¹⁰¹.

El atento lector habrá notado que van surgiendo los principales temas que una y otra vez Lutero volverá a tocar en su teología: gracia, pecado, interioridad, juicio, palabra de Dios, reino de Dios, reino del diablo, justicia, justificación, fe, obras, indulgencias, peregrinaciones, predicación, sacerdotes, obispos, monjes, eucaristía, misa, solo Cristo, Escritura, conocerse a sí mismo, conocer a Dios, voluntad de Dios, voluntad propia, santidad, redención, salvación, condenación, el hombre pecador, conciencia, santos, perdón, humildad, Anticristo, cielo, infierno, purgatorio, promesas de Dios...

El gran público puede leer en castellano una obra de Lutero, en la que quiere explicar con sencillez la importancia de la oración. Quienes deseen colocar a Dios, al que podemos y debemos llamar Padre, en el centro de su vida, les será muy útil. Hay que tener en cuenta, como señala Pedro Zamora, que «los énfasis sobre el Padre y el corazón humano, esto es, sobre la interioridad como el *locus* en el que verdaderamente se dan las relaciones Dios-Hombre, tienen como valor indiscutible la puesta en cuestión de instituciones que se absolutizan absorbiendo al ser humano. En ese sentido creo que su doctrina quiso ser profética y pastoral, más que dogmática»¹⁰².

O, en palabras de M. Gutiérrez-Marín, estamos ante «una obra devocional y edificante en el mejor sentido de la palabra; devocional, por cuanto invita, aun más, obliga a una meditación piadosa y profunda; edificante, en tanto hace palpable la infinita misericordia de Dios para con nosotros, despertando fe donde no la haya, o donde sea muy tibia, y reafirmandola, si ya existe y florece. Ofrece, además,... la ventaja de una supina claridad de pensamiento y expresión. Y es que Lutero, el teólogo, cede aquí su lugar a Lutero, el creyente; pues el Reformador compuso esta obra no para solaz espiritual de los teólogos, sino para provechosa lectura y enseñanza del profano»¹⁰³.

Isaac GONZÁLEZ MARCOS

101 Según un reciente estudio Lutero no cita en esta obra a san Agustín: M. VILLEGAS RODRÍGUEZ, «San Agustín en los escritos de Lutero»: F.J. CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA (ed.), *Lutero, su obra y su época*, 233. V. Vinay ha traducido en dos ocasiones «como dice san Agustín»: todo hombre es deudor de Dios y a su vez tiene un deudor. Si no lo tiene, está ciertamente ciego o no se conoce bien a sí mismo (V. VINAY, *El Padre nuestro*, 69); y no podemos preservarnos de las dificultades y de la prueba, pero podemos evitar permanecer abrumados orando e invocando la ayuda divina (Id., 71). Bien es verdad que no hay cursiva, ni comillas, ni cita explícita.

102 P. ZAMORA, «El padrenuestro en Lutero»: *SEUT* 2 (2001) 5: [Acceso 9/09(2017): <https://mail.google.com/mail/u/0/?tab=wm#inbox/15e37d4f531911d1?projector=1>]

103 M. LUTERO, *El padrenuestro: Obras clásicas de la Reforma* (Spanish Edition) [Acceso 11.09.2017): <https://www.amazon.it/EL-PADRENUUESTRO-C1%C3%A1sicas-Reforma-Spanish-ebook/dp/B06ZY1XP3F>

Resumen

En este V centenario de la Reforma (1517-2017), primero que se celebra en un ambiente ecuménico, el autor presenta la obra de Martín Lutero, *El Padrenuestro explicado a los simples laicos*, 1519. En ella el catedrático agustino de Wittenberg expone los temas centrales de su teología, aparece como deudor del pensamiento del hiponense, experto teólogo bíblico y considera al *Padrenuestro* la oración más alta y más noble; preferida a las demás porque contiene toda indulgencia, beneficio, bendición y todo lo que el hombre necesita para su cuerpo y su alma en la tierra y en el cielo. Obra importante para la catequesis de nuestros días, que debería ir a lo esencial y mostrar la importancia de la oración.

Abstract

In this 5th centenary of the Reformation (1517-2017), the first celebrated in an ecumenical ambiance, the author presents the work of Martin Luther, *The Our Father as explained to simple laypersons*, 1519. The Augustinian professor of Wittenberg elaborates the central themes of his theology, and appears to have borrowed from the teachings of Augustine of Hippo, who is an expert biblical theologian and considers the *Our Father* as the highest and most noble of all prayers. It takes precedence over all other prayers, because it contains indulgence, benefit, blessing and everything man needs for his body and soul on earth and in heaven. It is an important work for catechesis at present, which focuses on what is important and shows the importance of prayer.